

ALAIN DELAYE

**JUAN DE LA CRUZ,
SABIO, POETA Y MÍSTICO**

A mis amigos Carmelitas

Del mismo autor :

- Para leer Juan de la Cruz, antología comentada de los principales textos de san Juan de la Cruz (famille.delaye.pagesperso-orange.fr).
- La foi selon Jean de la Croix (Éd. du Carmel - 1975) coll. Sentiers pour l'esprit.
- Zen l'essentiel (Accarias-l'Originel - 1989).
- Les fleurs dans l'art et la vie, des origines à nos jours (Accarias-l'Originel - 1997) Préface de Jean-Marie Pelt.
- Sagesses Concordantes. Quatre maîtres pour notre temps : Etty Hillesum, Vimala Thakar, Prajnânpad, Krishnamurti (Accarias-l'Originel - 2004) Préface d'André Comte-Sponville, 2 tomes.
- B.A-BA de l'Ikebana, art floral japonais (Pardès - 2007).
- Sagesse du Bouddha, religion de Jésus. Bouddhisme et christianisme des origines à nos jours (Accarias-L'Originel - 2007).
- Dire oui à ce qui est. Svâmi Prajnânpad, sa vie, son message (Accarias-l'Originel - 2013).
- Jean de la Croix, sage, poète et mystique, (Seuil - 2013) Coll. Points Sagesses.
- Sagesses sans frontières. L'heureuse aventure des sages et des mystiques (Almora - 2014).

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	5
I. SABIO	
1. El ignorante teológico	7
2. El pensador holístico	12
3. El hombre libre	15
II. POETA	
1. El autor inspirado	20
2. El visionario cósmico	24
3. El cantor del amor	28
III. MÍSTICO	
1. El pasajero de la noche	32
2. El aventurero alegre	36
3. El amante radiante	41
ANEXOS	
Poemas mayores	44
Pequeña biografía	62

Para las citaciones hemos utilizado la edición de la BAC :
Vida y obras de San Juan de la Cruz, Edición crítica, por el P.Lucinio del SS.Sacramento (Madrid-B.A.C. -5a ed. - 1964).

S : Subida del Monte Carmelo
 C : Cántico espiritual (A)
 L : Llama de amor viva.

N : Noche oscura
 CB : Cántico espiritual (B)

En números romanos : el nº del libro para la Subida y la Noche,
 En números arabigos : el nº del capítulo para la Subida y la Noche,
 el nº de la estrofa seguido del nº del verso para el Cántico y la Llama.

INTRODUCCIÓN

En el oscuro pueblo de Fontiveros, en la Vieja Castilla, nació en 1542, el hijo de unos pobres tejedores, castigados con exclusión hogareña. En 1591, en un convento de Úbeda, en Andalucía, moría un carmelita, marginado por los suyos, roído por úlceras y llagas. Entre estas dos fechas se han desarrollado los cuarenta y nueve años de la vida difícil, azarosa y radiante de Juan de la Cruz, considerado hoy como uno de los grandes poetas y místicos de su siglo, y quizá de todos los tiempos.

Esta vida incluye varios períodos : la época de la infancia en el seno de una familia pobre y menesterosa en el pequeño Fontiveros ; tiempos de juventud, en Medina del Campo donde, después de algunos estudios en los Jesuitas, Juan de Yepes entró en los Carmelitas Calzados con el nombre de Juan de San Matías ; un período de formación en Salamanca, donde acudió a la universidad de filosofía y teología con vistas a hacerse sacerdote; la vida religiosa por fin, que, tras haber abandonado la idea de entrar en la Cartuja, le permitió trabajar con Teresa de Ávila en la reforma de la Orden carmelitana.

En este último período, Juan de san Matías, convertido en Juan de la Cruz, emprendió numerosos viajes y tomó importantes responsabilidades en la fundación y la dirección de los conventos de la nueva rama carmelitana; pero conoció también tiempos de adversidad muy duros: encarcelamiento y secuestro, en 1578, por los Carmelitas Calzados; relegación y persecución al fin de su vida, por los Descalzos. El nombre de Juan de la Cruz fue para él, más que una sencilla identidad religiosa, un destino que asumió plenamente y del cual podemos descubrir indicios en el dibujo conmovedor que hizo del Cristo crucificado, en algunos de sus aforismos y en su poema El Pastorcico.

La España en que vivió Juan de la Cruz fue una España políticamente y religiosamente atormentada en la cual las autoridades civiles y religiosas se enfrentaron por cuestiones de legitimidad y competencias. En el mismo seno de la institución religiosa, nacieron grandes místicos pero también alumbrados, temibles inquisidores y hombres ávidos de poder. Juan de la Cruz, que formaba parte de los primeros, debió hacer frente a los últimos, en particular a los superiores de su Orden a la que querían darle una orientación que no era la elegida por Santa Teresa. No cediendo en nada de lo que pensaba ser la vía trazada por Dios para el Carmelo, Juan de la Cruz debió pagar el precio de su obstinación. Habiendo sido promovido a los más altos cargos, fue humillado física y moralmente tanto al principio como al fin de su vida conventual. Atravesó estas pruebas viéndolas como una participación en los sufrimientos del Señor y como una noche purificadora. Todo esto lo llevó a las más altas cumbres de la experiencia mística y a la escritura de textos capaces de iluminar, animar y consolar a toda alma en búsqueda de absoluto, empezando por las religiosas que le fueron confiadas.

Uno de sus poemas (Tras de un amoroso lance) expresa bien la paradoja de una ascensión a lo más alto descendiendo a lo más bajo :

Cuanto más alto llegaba
De este lance tan subido,
Tanto más bajo y rendido
Y abatido me hallaba
Dije : No habrá quien alcance !

Y abatíme tanto, tanto,
Que fui tan alto, tan alto
Que le di a la caza alcance.

Las páginas que siguen quisieran permitir un mejor conocimiento de este hombre y abrirle al lector las páginas que mejor expresan lo que vivió.

Desde luego, Juan de la Cruz ha llegado a ser un clásico tanto en literatura como en espiritualidad. Sus obras han sido traducidas en numerosas lenguas y los estudios referentes a él y a sus obras son abundantes. Sin embargo, la distancia de varios siglos, el polvo de los relatos hagiográficos y el misterio de su vida profunda son otras tantas cortinas que nos separan de él. De ahí esta tentativa para hacer que su persona y sus escritos sean un poco menos opacos, un poco más transparentes a esta luz que hoy, más que nunca, necesitamos.

Vivimos en una época consumerista, centrada sobre el beneficio y la diversión, y sin embargo, rica en saberes y conocimientos. Numerosos textos espirituales nos son accesibles y no faltan maestros para proponernos sus experiencias y sus métodos. Con todo, ante tantas posibilidades, nos sentimos llenos de dudas e incertitudes. ¿A quién podemos acudir con toda confianza? ¿Cómo orientarse en este embrollo de proposiciones a veces contradictorias? ¿Cómo no extraviarse, no perderse?

Desde luego, cada uno sigue siendo juez de lo que le conviene o no ante esta multitud de maestros que quieren guiarnos hacia la sabiduría, la verdad, la felicidad. Sin embargo, un consenso muy amplio designa a algunos de ellos como dignos de confianza. Juan de la Cruz es uno de ellos. Estamos íntimamente convencidos de esto. Además, es un poeta que nos habla con la voz de unos textos de gran belleza. No hagamos ascos al placer en esta búsqueda de la luz.

Ante el enigma del mundo y las incertidumbres de los tiempos, René Char escribía :

Estamos en lo inconcebible,
pero con señales deslumbradoras.

Juan de la Cruz es una de esas señales.

I. SABIO

1. EL IGNORANTE TEOLÓGICO

San Pablo anunciaba a los atenienses la existencia de un "Dios desconocido" (Ac 17,23). Juan de la Cruz presenta la de un "Dios incognoscible". Todo lo que la imaginación y la inteligencia humana pueden concebir en materia de absoluto, de última realidad, de divino, no tiene para él ninguna pertinencia, ninguna credibilidad, y se podría, poniendo a continuación sus afirmaciones sobre el tema, constituir un verdadero tratado de agnosticismo. Contentémonos con citar un texto de la Subida que los resume: "Ninguna cosa criada ni pensada puede servir al entendimiento de propio medio para unirse con Dios. Todo lo que el entendimiento puede alcanzar, antes le sirve de impedimento que de medio, si a ello se quisiese asir... Entre todas las criaturas superiores ni inferiores, ninguna hay que próximamente junte con Dios ni tenga semejanza con su ser... De Dios a ellas ningún respecto hay ni semejanza esencial, antes la distancia que hay entre su divino ser y el de ellas es infinita; y por eso es imposible que el entendimiento pueda dar en Dios por medio de las criaturas, ahora sean celestiales ahora terrenas, por cuanto no hay proporción de semejanza." (S II, 8)

No, Dios no es aquello que creemos, imaginamos, fantaseamos, y todo conocimiento sobre él no es más que construcción mental, privada de fundamento y de interés. Si Juan de la Cruz mantiene sin embargo la denominación de Dios y algunas metáforas que le conciernen, siempre están afectadas de un exponente de incognoscibilidad, de vacuidad cognitiva fundamental. Dios es aquello en lo que se hunden todos los discursos, todos los pensamientos, sobre lo que es vano proyectar cualquier concepto o una imagen cualquiera. En fin, tomando de nuevo una expresión de Eckhart : "Dios es nada", y toda tentativa de representación, de encuadramiento mental está condenada al fracaso.

Este agnosticismo sin embargo no es un ateísmo, porque esta "nada" de la cual no se puede decir nada, ni imaginar, ni pensar, tiene poder de hacer fundir las piedras, de quemar los corazones y transformarlos en fuego. Este "invisible", "inconcebible", "inasequible" que designa la palabra Dios se da a intuir, alumbrando oscuramente, guía sin marcas, y puede cambiar el vidrio opaco de nuestras existencias en cristal luminoso, haciéndolas entrar en un espacio donde no hay nada que saber pues todo está por ver, "aunque de noche". Es por lo menos lo que deja entender un poema en el que Juan de la Cruz relata una experiencia extática:

"Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo."

De hecho, su agnosticismo no se limita a un lenguaje abstracto, sino toma carne en una metáfora central: la de la noche. Esta imagen tiene varios sentidos, pero encierra uno que es fundamental y que Juan de la Cruz resume así: "Dios es una noche para el alma." (S I, 2; II,2) Desde luego, Dios es llama y luce, dice en otra parte, pero "llama oscura" y "rayo de tinieblas"; y en nuestra condición, nada puede disolver esta opacidad. La noche aunque pueda ser serena, sigue siendo noche hasta el final.

Juan de la Cruz está fascinado por un espacio sagrado que capta toda su atención, todas sus energías, pero, este espacio está vacío de imágenes y conceptos, este "no sé qué" es indecible, inefable. Escéptico en cuanto al poder que tiene el espíritu humano de representárselo, se abre y se ofrece a él, cuerpo y alma, en una entrega total que se expresa solamente a través la metáfora de la unión amorosa consumándose en la noche.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado ;
cesó todo y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Esta ignorancia referida a lo divino, reivindicada por Juan de la Cruz, se inscribe en el hilo de una larga tradición apofática que tiene su origen en Clemente de Alejandría, la encontramos en los dos Gregorios y el Seudo-Dionisio, pasa por el Maestro Eckhart, los Renanos, y se aproxima a su tiempo a través de los García de Cisneros, Francesco de Osuna, Bernardino de Laredo, Juan de Avila, Juan de Segura, Luis de Granada y Luis de León, místicos españoles del siglo XVI. Aparece claramente en el uso que hace de sus fuentes teológicas. Los teólogos que cita, en efecto, no han retenido su atención por sus palabras positivas sobre Dios, sino por su confesión de impotencia a discurrir sobre él. Del Seudo-Dionisio toma la imagen del "rayo de tiniebla" que oscurece la inteligencia y el tema del Dios escondido, que lo sentimos tanto más cerca de nosotros cuanto menos distintamente lo conocemos; de San Agustín, la distancia que separa el Dios "luz invisible", "incomprensible" del yo ciego ; de San Gregorio el carácter inexperimentable de la fe, y de Santo Tomás el hecho de que la fe no tiene por objeto ni lo que se ve, ni lo que se sabe. En cuanto a la Escritura, su fuente teológica preferida, los pasajes sobre Dios que más le han marcado son los que subrayan la imposibilidad de verlo cara a cara y de contemplar su esplendor.

"A Moisés, que quería tener un claro conocimiento de Dios, este le respondió que no le podía ver: «No me verá hombre que pueda quedar vivo» (Ex 33,20). Por lo cual San Juan dice: «A Dios ninguno jamás le vio, ni cosa que le parezca» (1,18). Que por eso San Pablo (1 Cor. 2,9) con Isaías (64,4) dice: «Ni le vio ojo, ni le oyó oído, ni cayó en corazón de hombre»." Sigue en el mismo texto (S II, 8) el episodio de Elías sobre el Horeb, cubriendo su faz al pasaje de Dios.

Como contrapunto a este apofatismo, no se pueden olvidar los textos del Cántico espiritual en que Juan de la Cruz toma apoyo sobre la creación para elevarse hasta el criador:

¡ Oh, bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado ;
oh, prado de verduras
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado !

Pero se debe añadir que este paso le parece condenado al fracaso, de donde su petición:

¡ Ay !, ¿ quién podrá sanarme ?
Acaba de entregarte ya de vero.

No quieras enviarme
de hoy más ya mensajeros,
que no saben decirme lo que quiero.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura ;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

No se puede tampoco ignorar la importancia que Juan de la Cruz reserva a Cristo como revelador de este Dios, por otro lado "incognoscible". En un capítulo de la Subida (II,22), introduce el tema de Cristo "palabra, visión y revelación total del Padre."

Analizándolo de cerca sin embargo, nos damos cuenta de que es para ir en contra de las demandas ilícitas de revelaciones y de visiones que evoca aquí esta figura ; y ésta le sirve para rechazar en la sombra de la fe el Dios que ciertos quisieran distinguir claramente. A fin de cuentas, la figura de Cristo se identifica por él a aquella del Verbo y se encuentra como tal en la nube oscura que envuelve lo divino.¹

En conclusión, ninguna de las realidades criadas, aunque sea la humanidad de Cristo, puede hacer salir lo divino de la noche de la fe. Tienen más bien como función de hacernos entrar en ella. La nube oscura, el nublado de desconocimiento, es inevitable, y en su oscuridad se consuma para Juan de la Cruz la más ardiente unión.

¡ Oh noche que guiaste !,
¡ oh noche amable más que la alborada !,
¡ oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada !

Sin embargo, el apofatismo de Juan de la Cruz parece temperarse al fin del Cántico espiritual (str.38), igual que en la Llama (str.2,3,4) cuando en la cumbre del monte sagrado, en el centro de las brasas del amor, la noche serena de la fe se tiñe de los fulgores de la alborada y empieza a iluminarse². Aunque todavía oscuro para el alma, "Dios, dice, quítale de delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos para poderle ver como El es, y entonces traslúcese y viséase algo entreoscuramente (porque no se quitan todos los velos) aquel rostro suyo lleno de gracia." (F 4,2)

¹ Pocos textos existen en que Juan de la Cruz se para sobre la humanidad de Cristo, y cuando lo hace es a menudo sobre su haz sombría que insiste: "La persona devota de veras busca dentro de sí la viva imagen que es Cristo crucificado."(S 3,35). Un acceso más positivo aparece al fin del Cántico espiritual (str.37). Pero no está allí cuestión de la vida terrestre de Jesús, sino del misterio de la Encarnación del Verbo, de la unión hipostática, de la Sabiduría profunda de Dios... misterio encerrando un sabor oscuro más que una luz clara.

² Habla entonces de "fe ilustradísima" (F 3).

A través de los velos que quedan y oscurecen todavía su mirada, Juan de la Cruz parece discernir, como en filigrana, un esbozo de la cara de Dios: esa misma que pedía a la fé en la estrofa once de su Cántico :

¡ O cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados !

Esta cara es la del Dios Trinidad. El alma "da a entender cómo las tres personas de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son de los que hacen en ella esta divina obra de unión." (L 2) "Aquí ama el alma a Dios no por sí, sino por El mismo; lo cual es admirable primor, porque es amar por el Espíritu Santo, como el Padre y el Hijo se aman. (L 3) "El alma obra su obra de entendimiento, noticia y amor, o por mejor decir la tiene obrada, en la Trinidad, juntamente con ella, como la misma Trinidad." (CB 39).

Como en Maestro Eckhart por quien el Dios-nada es también el Dios-trinidad³, Juan de la Cruz conjuga un desconocimiento radical y un discurso teológico convencional⁴, aprendido sin duda, pero vivido aparentemente en la más alta experiencia mística. Por esto, se muestra un místico cristiano, y no judío, musulmán, budista o hindú, pues estos últimos, testigos de experiencias extáticas tan fuertes como las suyas, no las han expresado hablando de un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo. La cuestión que se plantea aquí es la de los moldes culturales en los cuales estas experiencias se cuelan y se traducen.

Con Juan de la Cruz, estamos en presencia de un doble hiato: hiato en primer lugar entre sus grandes poemas y los comentarios teológicos que les corresponden - los primeros se leen muy bien sin referencias al dogma trinitario, los segundos lo utilizan como red de interpretación⁵ -, y hiato también entre la experiencia inefable y los poemas que buscan sugerirla sin poder verdaderamente cercarla.

A medida que habla de su experiencia, Juan de la Cruz la traduce primero en metáforas poéticas, luego en las categorías teológicas que le están disponibles. De la experiencia a los poemas, de los poemas a los comentarios, su palabra quiere ser más explícita, más explicativa. Se ve claro, por tanto, que se aleja cada vez más de lo que, en toda hipótesis, es indecible. Esta comprobación nos invita a volver al punto de partida que él mismo indica: "Dios es una noche para el alma", "incomprensible" sobre todo, y por eso nos conviene ir a El por la negación de todo." (S II, 24)... " Dios excede el entendimiento... Y, por tanto, cuando el entendimiento

³ Cf en particular su poema "Granum sinapis".

⁴ En L II, interpreta su estrofa (O cauterio suave / o regalada llaga / o mano blanda, o toque delicado...) a la luz de la doctrina tradicional de la apropiación de los efectos criados a las personas de la Trinidad : toda obra *ad extra* (hecha fuera de la Trinidad) es común a las tres personas, pero ciertas afinidades autorizan a atribuir tal efecto criado a tal persona. C 38 trata de la teoría (ya presente en Eckhart) de la participación del alma a los actos internos a Dios que son las procesiones trinitarias : generación del Verbo y spiración del Espíritu.

⁵ Existen, por lo tanto, poemas en que Juan de la Cruz introduce la Trinidad (Que bien sé yo la fonte que mana y corre... En el principio moraba el Verbo, y en Dios vivía...) Pero estos textos son más teología puesta en versos que poesía inspirada tal como la podemos encontrar en los poemas mayores.

va entendiendo, no se va llegando a Dios, sino antes apartando." (L 3,3) "Hase de caminar humanamente no sabiendo y divinamente ignorando. "(N II, 17)

2. EL PENSADOR HOLÍSTICO

Si Dios, para Juan de la Cruz, es "nada", nada al menos que puede sentirse, imaginarse, concebirse, esta "nada" es, sin embargo, un "todo" que le permite pensar la unidad de los existentes, del mundo. Es que Dios, este concepto vacío, es, por su misma vacuidad, inclusivo, omnicontinente. "Por cuanto se une el alma con Dios, siente ser todas las cosas Dios en un simple ser." (C 13-14). Pero esta afirmación lacónica se negocia también en secuencias poéticas admirables:

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonoros,
el silbo de los aires amorosos ;

la noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

Comentando estas estrofas de su Cántico (13-14), Juan de la Cruz escribe: "El alma siente y conoce la verdad de aquel dicho que dijo san Francisco, es a saber : ¡ Dios mío y todas las cosas !... Dios es todas las cosas al alma y el bien de todas ellas... o, por mejor decir, cada una destas grandezas que se dicen es Dios y todas ellas juntas son Dios." Pensamos aquí en Etty Hillesum que decía: "La primera palabra que me viene al espíritu, siempre la misma, es Dios. Contiene todo y vuelve todo lo demás inútil."⁶

Esta identificación de Dios y del mundo aparece de nuevo en la estrofa 38 donde el alma contempla "el soto y su donaire". Por "soto" entiende aquí a Dios con todas las criaturas que en Él están; porque, así como todos los árboles y plantas tienen su vida y raíz en el soto, así las criaturas celestes y terrestres tienen en Dios su raíz y su vida." (C 38,3) A esto la Llama hace eco notando que cuando Dios se despierta en el alma, esa "echa allí de ver como todas las criaturas de arriba y de abajo tienen su vida y duración y fuerza en él... las ve en El con su fuerza, raíz y vigor... Y este es el deleite grande de este recuerdo: conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas a Dios." Estando el alma en Dios sustancialmente, como lo está toda criatura, quítale de delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos para poderle ver como Él es." (L 4,2) En estas perspectivas, se comprende que Juan de la Cruz pueda decir que "Dios, así como no ama cosa fuera de sí, así ninguna cosa ama más bajamente que a sí." (C 23,3)

Sin embargo, para llegar a esta visión holística del universo que mora sustancialmente en Dios y Dios en él, el espíritu debe obrar un despojamiento que señala el sendero de la nada; sendero dibujado al comienzo de La Subida y comentado por Juan de la Cruz en una serie de aforismos célebres:

⁶ *Une vie bouleversée. Journal* (Seuil - 1985).

"Para venir a gustarlo todo,
 no quieras tener gusto en nada ;
 para venir a poseerlo todo,
 no quieras poseer algo en nada ;
 para venir a serlo todo,
 no quieras ser algo en nada ;
 para venir a saberlo todo,
 no quieras saber algo en nada ;
 para venir a lo que no gustas,
 has de ir por donde no gustas ;
 para venir a lo que no sabes,
 has de ir por donde no sabes ;
 para venir a lo que no posees,
 has de ir por donde no posees ;
 para venir a lo que no eres,
 has de ir por donde no eres.

Manera de no impedir la llegada al todo

Cuando reparas en algo,
 dejas de arrojarte al todo ;
 porque, para venir del todo al todo,
 has de negarte del todo en todo ;
 y cuando lo vengas del todo a tener,
 has de tenerlo sin nada querer ;
 porque, si quieres tener algo en todo,
 no tienes puro en Dios tu tesoro.

En esta desnudez halla el alma espiritual su quietud y descanso, porque, no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba y nada le oprime hacia abajo, porque está en el centro de su humildad."(S I, 13)

Se trata pues de llegar a gustar todo, saber todo, poseer todo y ser todo, separándose de todo gusto, todo saber y todo ser particular. Para sumergirse en el todo, no hay que agarrarse a nada, y una vez que se tiene todo, tenerlo sin nada desear. Librado de toda codicia, el espíritu halla en esta vacuidad su nirvana, en Dios su inagotable tesoro, pues Dios es sencillamente todo y más que infinitamente todo. "Ser todo" y "ser nada" se recubren en el alma llegada a ser todo, porque se ha hecho a imagen de Dios, que no es nada particular.

En estos aforismos, la nada no es solamente inclusiva del todo, es también la vía que conduce a él: vía de negación, de despego de toda realidad particular que, por sus límites, tiende a bloquear el acceso a lo universal. Pero notamos que este despego, desbloqueo, esta desnudez, no solamente autoriza la subida hacia la fuente de todos los seres y todos los bienes, sino que permite también gozar plenamente de ellos en su singularidad. El espíritu que se despega de ellos "adquiere virtud de liberalidad, la cual en ninguna manera se puede tener con codicia. Además de esto, adquiere libertad de ánimo, claridad en la razón, sosiego, tranquilidad... adquiere más gozo y recreación en las criaturas con el desapropio dellas, el cual no se puede gozar en ellas si las mira con asimiento de propiedad...

Gózase, pues, este en todas las cosas, no teniendo el gozo apropiado a ellas, como si las tuviese todas ; y esotro, en cuanto las mira con particular aplicación de propiedad, pierde todo el gusto de todas en general ; este, en tanto que ninguna tiene en el corazón, las tiene, como dice San Pablo, todas en gran libertad (2 Cor 6,10), esotro, en tanto que tiene dellas algo con voluntad asida, no tiene ni posee nada, antes ellas le tienen poseído a él el corazón, por lo cual, como cautivo, pena" (S III,20).

En conclusión, el hombre desatado goza de la totalidad de lo que existe, de todos los bienes y de su fuente, en la más grande libertad de espíritu. Juan de la Cruz toma de nuevo este tema en la Noche oscura cuando habla de que "el espíritu purgado y aniquilado acerca de todas particulares afecciones e inteligencias que, en este no gustar nada ni entender nada en particular, morando en su vacío y tiniebla, lo abraza todo con grande disposición, para que se verifique en él lo de San Pablo : *Nihil habentes, et omnia possidentes* (2 Cor 6,10) ; porque tal bienaventuranza se debe a tal pobreza de espíritu." (N II,8) "Así, al espíritu le conviene estar sencillo, puro y desnudo... para comunicar con libertad con la anchura del espíritu, con la divina Sabiduría, en que por su limpieza gusta todos los sabores." (N.II,9) "Bienaventurados los pobres de espíritu, decía Jesús, pues el Reino de los cielos les pertenece." (Mt 5,3).

Se ve aquí cómo la pobreza preconizada encierra la más grande riqueza, la humildad recomendada, la más gran ambición: la de hacerse Dios y de gozar al mismo tiempo de todos los bienes del cosmos : "Míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes. Los justos son míos y míos los pecadores. Los ángeles son míos y la Madre de Dios y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí..." (Dichos 26)

Esta posesión plenaria por entera pobreza, que Juan de la Cruz describe como el último fruto de la unión con Dios y de la transformación que ésta opera en el alma, se inicia sin embargo mucho más antes que la llegada al matrimonio espiritual. Desde las primeras gracias contemplativas, el espíritu puede ya gustar su sabor. La contemplación en efecto es esta "noticia general, amorosa" (S II, 13) en la cual puede, más allá de todo saber y todo afecto particulares, aprehender oscuramente el Dios total hacia el cual anda y que empieza a manifestarse a él.

Al término de su expansión, esta contemplación que se convierte "en fe" supone la llegada a una "abisal y oscura inteligencia divina", la cual está surtida de un amor también vasto, un amor cuya amplitud "trae todo consigo" (L 1, 14) y no deja nada fuera. El alma puede entonces gustar "la delicadeza e íntimo sabor del espíritu de amor, que contiene en sí todos los sabores" (N II, 9). Es entonces un abismo en que "llenándolo todo el amor, parece al alma que todo el universo es un mar de amor en que ella está engolfada." (L,2,2).

A través de esta "advertencia y noticia general en Dios y amorosa" (M.II, 14), le llega pues un abismo de sabiduría que la levanta y engrandece (N II,17), y Dios le da "el suave maná cuyo sabor tiene todos los sabores y gustos." (L 3,3)

3. EL HOMBRE LIBRE

Entre de los múltiples sabores y dulzuras gustados en el maná de la contemplación celestial y de la unión con Dios, se encuentra uno que Juan de la Cruz distingue y saborea con predilección y del cual habla con insistencia: el sabor de la libertad de espíritu. Este es otro nombre del gozo que el espíritu experimenta cuando, estando desasido de todo, llega a gozar de todo sin sentirse cautivo de nada. Gusta entonces de "los deleites del espíritu de libertad" (NII,9). En tal caso, su actividad misma es fuente de alegría: "El sabio pone sus ojos en la sustancia y provecho de la obra, no en el sabor y placer de ella, y así, no echa lances en el aire, y saca de la obra gozo estable sin tributo de sinsabor." (N II,29)

Este gozo no es estático. El alma va adelante, "pues el no volver atrás abrazando algo sensible, es ir adelante a lo inaccesible, que es Dios." (L 3,3) Pensamos aquí en Gregorio de Nysse que escribía: "El que verazmente se alza, tendrá siempre que alzarse; al que corre hacia el Señor no le faltará nunca un vasto espacio. Así, él que sube no se para jamás, andando de comienzo en comienzo por comienzos que nunca tienen fin."⁷

Esta visión ascensional y dinámica de la libertad se encuentra también, en Juan de la Cruz, en la metáfora del hilo a la pata que impide al alma que vuele hacia Dios. "Eso me da que una ave esté asida a un hilo delgado que a un grueso, porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso, en tanto que no le quebrare para volar... Y así el alma que tiene asimiento en alguna cosa, que, aunque más virtud tenga, no llegará a la libertad de la divina unión." (S I,11)

De hecho, este último hilo se quiebra para Juan de la Cruz en el momento del matrimonio espiritual, y no hay más que Dios que pueda romperlo. "Porque no atina bien uno por sí solo a vaciarse de todos los apetitos para venir a Dios." (M I,1) Comentando el verso de su Cántico "y el ganado perdí que antes seguía", escribe: "Es de saber que hasta que el alma llegue a este estado de perfección de que vamos hablando, aunque más espiritual sea, siempre le queda algún ganadillo de apetitos y gustillos... tras de que se anda procurando apacentarlos en seguirlos y cumplirlos... Y deste ganado, unos tienen más y otros menos, tras de que se andan todavía siguiéndolo, hasta que, entrándose a beber en esta interior bodega, lo pierdan todo, quedando hechos todos en amor... Y así se siente ya libre el alma de todas aquellas niñerías."(C 17, 5)

En la Llama, la metáfora del hilo se transforma en la de una brida por la cual "la carne tiene enfrenado el espíritu... Tira ella la rienda y enfrena la boca a este ligero caballo del espíritu... Y no deja de tenerle oprimido de su libertad." (L 2,2) También en la metáfora de las telas que tapan la mirada del alma: tela de las criaturas que ponen cortinas entre ellas y Dios, tela della imaginación y de sus operaciones, tela en fin del cuerpo, de la vida sensitiva que debe romperse para dar acceso a la visión beatífica: El alma ve que nada le falta sino "romper esta flaca tela de vida natural en que se siente enredada, presa e impedida su libertad."(L 1,6)

Pero antes de llegar a esta última ruptura debe operar un despego progresivo a través del control de sus apetitos, del ejercicio de las virtudes teologales, y de la apertura a una luz y a una llama que la liberarán de todos sus encarcelamientos. Es por eso que Juan de la Cruz se busca, primero, la toma de conciencia de la servidumbre que le crean a uno mismo sus deseos y el uso inmoderado de sus

⁷ *Vida de Moisés.*

sentidos. "Los apetitos, dice, cansan, atormentan, oscurecen" el alma (S I,6) "a manera del que está en tormento de cordeles abareado a alguna parte, de lo cual hasta que se libre no descansa." (S I,7) "El alma después del pecado original verdaderamente está como cautiva en este cuerpo mortal, sujeta a las pasiones y apetitos naturales... Y hasta que los apetitos se adormezcan... y la sensualidad esté ya sosegada de ellos de manera que ninguna guerra haga al espíritu, no sale el alma a la verdadera libertad, a gozar de la unión de su Amado." (S I,15)

En contrapunto, pone ante ella la felicidad que constituye la libertad de un espíritu que ya no es esclavo de sus deseos: "¡ Oh cuán dichosa ventura es poder el alma librarse de la casa de la sensualidad ! No se puede bien entender, si no fuera, a mi ver, el alma que ha gustado dello, porque verá claro cuán mísera servidumbre era la que tenía, y a cuantas miserias estaba sujeta cuando lo estaba a la obra de sus potencias y apetitos, y conocerá cómo la vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza, que trae consigo bienes inestimables."(N II,24)

Sin embargo, este tipo de alienación no derrapa hacia los excesos de un maniqueísmo que tomaría por malo el uso de los sentidos y del cuerpo. Hablando del despego que los concierne, Juan de la Cruz nota primero: "No tratamos aquí del carecer de las cosas - porque eso no desnuda al alma si tiene apetito de ellas -, sino de la desnudez del gusto y apetito de ellas, que es lo que deja al alma libre y vacía de ellas, aunque las tenga." (S I,3) Luego, nota que los bienes sensibles, "el gusto de los sentidos", los placeres que procuran, pueden ser un trampolín para que el espíritu se levante por ellos hasta Dios. "Y en esta manera se puede usar, porque entonces sirven los sensibles al fin para que Dios le crió y dio, que es para ser por ellos más amado y conocido. Pero, añade, el que no sintiere esta libertad de espíritu en las dichas cosas y gustos sensibles, sino que su voluntad se detiene en estos gustos y se ceba de ellos, daño le hacen y debe apartarse de usarlos."(S III,24)

En definitiva, el fin del despego es la libertad, y esta es la vara de medir del despego logrado. El que goza de las cosas sin sentirse atado y toma ocasión de ellas para volverse a Dios no puede más que sacar provecho de ello. De modo que, hablando de los bienes naturales (salud, hermosura, inteligencia...) Juan de la Cruz nota: al que no se aficiona a ninguno "le queda el alma libre y clara para amarlos a todos racional y espiritualmente, como Dios quiere que sean amados. En lo cual se conoce que ninguno merece amor si no es por la virtud que hay en él. Y cuando de esta suerte se ama, es muy según Dios y aún con mucha libertad; y si es con asimiento, es con mayor asimiento de Dios, porque entonces, cuanto más crece este amor, tanto más crece el de Dios, y cuanto más el de Dios, tanto más éste del prójimo." (S III,23)

Lo importante es ir a Dios con desasimiento, pero la cosa no es sencilla. La Noche Oscura enumera tres impedimentos bajo términos eminentemente simbólicos: la carne, el mundo y el demonio. Estos "como con lazos enlazan al alma y la detienen que no salga de sí a la libertad del amor de Dios." (N I,13)

La carne significa los deseos de los cuales hemos hablado, que molestan el alma y acaban por agotarla. O aún, en otros términos, las pasiones que la esclavizan cuando se imponen a ella. Juan de la Cruz, tras Boecio, define cuatro aspectos - el gozo, el dolor, la esperanza y el temor- que afligen el alma "y no la dejan volar a la libertad y descanso de la dulce contemplación y unión." (M III,16)

El mundo designa el entorno como lugar de estímulos, ardores y dispersión. Es el mundo de la diversión de Pascal que, para hacer olvidar el vacío interior y la muerte, acalla las cuestiones que estos nos plantean.

El demonio es una instancia que resume el conjunto de fuerzas oscuras que nos trabajan; las pulsiones del deseo, las violentas y los traumas que, más allá de nuestras codicias y miedos, manipulan nuestros « egos » en oscuros e impersonales comportamientos.

Contra estos tres enemigos, Juan de la Cruz moviliza tres virtudes :

La fe que, apoyada sobre la potencia oscura de Dios, desceba las fuerzas compulsivas, productoras de ilusiones y de servidumbre. El alma debe aprender a "estar en libertad y tiniebla de fe, en que se recibe la libertad y abundancia de espíritu" (S II, 19) y a "volar en alteza de oscura fe" (S II,18)

La esperanza, contra la potencia de dispersión del mundo, de sus ilusiones y de sus huellas en el recuerdo; de todas las cuales se libra si oscurece la memoria... "Y mejor se vence todo de una vez negando la memoria en todo."(S III,3) Positivamente, la esperanza levanta la mirada sobre Dios sólo, semejante a una visera tornada hacia arriba (N II, 21). Orienta hacia él el deseo. "Hacia el cielo se ha de abrir la boca del deseo, vacía de cualquiera otra llenura, y para que así la boca del apetito, no abreviada ni apretada con ningún bocado de otro gusto, la tenga bien vacía y abierta hacia aquel que me dice : "Abre y dilata tu boca, y yo te la henchiré" (Ps 80,11) (carta 6)

El amor en fin, que reduce el egoísmo de la carne, rechaza las fronteras del "yo" y de sus deseos, y tiene poder de operar su disolución. Por el amor, "el alma va saliendo de todas las cosas y de sí misma y subiendo a Dios"(N II,20), alzándose hacia él por los diez grados de una "escala de amor".(N II,19)

Juan de la Cruz pone en escena estas tres virtudes en una alegoría en que las presenta como tres túnicas - blanca, verde y roja - que el alma se pone. Gracias a ellas, dice, "el alma consigue libertad de espíritu... y se libra de las manos de los tres enemigos: demonio, mundo y carne." (N 1,13)

Haciendo esto, puede alcanzar su objetivo. En síntesis, en las tres potencias del alma - entendimiento, memoria y voluntad - las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, hacen el vacío y la oscuridad, y mediante ellas, el alma se une con Dios. (S II,6)

Sin embargo, estas virtudes, subraya Juan de la Cruz, no son verdaderamente eficaces sino cuando Dios se encarga de ellas en una oscura y corrosiva contemplación. Eso empieza por lo que llama "la noche de los sentidos" : "Como el estilo que llevan estos principiantes en el camino de Dios es bajo y que frisa mucho con su propio amor y gusto, queriendo Dios llevarlos adelante y sacarlos deste bajo modo de amor a más alto grado de amor de Dios, y librarlos del bajo ejercicio del sentido y discurso... los desarrima del dulce pecho y, abajándolos de sus brazos, los veza a andar por sus pies." (N I,8) "Solo lo que aquí han de hacer es dejar el alma libre y desembarazada y descansada de todas las noticias y pensamientos... contentándose sólo con una advertencia amorosa y sosegada en Dios." (N II,10) La contemplación purgativa despega entonces el alma de sí misma y de todas las cosas, adormeciendo y sosegando sus pasiones y apetitos.

A la salida de esta noche, lo espiritual "como el que ha salido de una estrecha cárcel, anda en las cosas de Dios con mucha más anchura y satisfacción del alma." (N II,1) Pero, después de algún tiempo, otra prueba lo espera: "la noche del espíritu".

Sin embargo, "esta noche aunque lo empobrece y vacía de toda posesión y afección natural, no es sino para que divinamente se pueda extender a gozar y gustar de todas las cosas de arriba y de abajo, siendo con libertad de espíritu general en todo." (N II, 9) En esta terrible noche, el alma no encuentra consolación ni apoyo en ninguna doctrina, en ningún maestro y no tiene otra luz y guía sino la que arde en su corazón⁸. La llama oscura de la contemplación consume entonces la rigidez de su "ego" y le hace conocer una muerte sin la cual no sabría vivir la intensidad de la unión con Dios. "Para entrar en esta divina unión ha de morir todo lo que vive en el alma, poco y mucho, chico y grande, y el alma ha de quedar sin codicia de todo ello y tan desasida, como si ello no fuese para ella, ni ella para ello." (S I,11) "No sólo de todo lo que es de parte de las criaturas ha de ir el alma desembarazada, mas también de todo lo que es de parte de su espíritu ha de caminar desapropiada y anihilada." (S II,7) Sólo entonces puede entrar en el "Reino de la libertad eterna"(S II,19).

"¡Oh cuán dichosa ventura ! es poder el alma librarse ... porque verá claro cuán mísera servidumbre era la que tenía, y a cuantas miserias estaba sujeta... y conocerá cómo la vida de espíritu es verdadera libertad y riqueza, que trae consigo bienes inestimables." (N II,14)

"Quita, ¡oh alma espiritual !, las motas y pelos y niebla, y limpia el ojo, y luciráte el sol claro y verás claro. Pon el alma en paz, sacándola y libertándola del yugo y servidumbre de la flaca operación de su capacidad, que es el cautiverio de Egipto... y guíala, ¡oh maestro espiritual !, a la tierra de promisión que mana leche y miel; y mira que para esa libertad y ociosidad sancta de hijos de Dios la llama Dios al desierto." (F, 3,3)

El alma que, habiendo pasado por este éxodo, ha entrado en la Tierra prometida, conoce luego "la real libertad del espíritu que se alcanza en la divina unión." (S I,4) Hecha Dios, movida por la fuerza de su espíritu, lleva la vida de Dios y puede cantar:

Mi alma está desasida
de toda cosa criada
y sobre sí levantada,
y en una sabrosa vida
sólo en su Dios arrimada.

Y esta libertad divina impregna la gestión de lo cotidiano. El despego de su memoria, en particular, le trae una gran serenidad en sus actividades y sus dificultades.

"En olvido y vacío de todos los pensamientos y noticias de la memoria... goza de tranquilidad y paz de ánimo... y en esto tiene gran disposición para la sabiduría humana y divina y virtudes... Y, aunque otro provecho no se siguiese al hombre que las penas y turbaciones de que se libra por este olvido y vacío de memoria, era grande ganancia y bien para él; pues que las penas y turbaciones que de las cosas y casos adversos en el alma se crían de nada sirven ni aprovechan para la bonanza de los mismos casos y cosas, antes de ordinario, no sólo a estos, sino a la misma alma dañan. Por lo cual dijo David : "De verdad, vanamente se conturba todo

⁸ Poema de la Noche oscura.

hombre." (Ps 38,7)... y llevarlo todo con igualdad tranquila y pacífica, no sólo aprovecha al alma para muchos bienes, sino también para que en esas mismas adversidades se acierte mejor a juzgar de ellas y ponerles remedio conveniente. De donde, conociendo bien Salomón el daño y provecho desto, dijo : «Conocí que no había cosa mejor para el hombre que alegrarse y hacer bien en su vida.» (Qo 3,12)" (M III,6)

Así, en esta vida difícil, la libertad de espíritu que conoce el alma desapropiada desemboca en la alegría del "bien hacer", de la acción que conviene, realizada en perfecta armonía con Dios y en acuerdo realista con los acontecimientos y las situaciones atravesadas.

II. POETA

1. EL AUTOR INSPIRADO

Juan de la Cruz no cesa de afirmar, a lo largo de sus escritos, el carácter indecible, inefable, inexpressable de la experiencia mística y del Dios que allá se encuentra. En *la Noche oscura*, hablando del rayo oscuro de la contemplación, nota: "Como aquella sabiduría interior es tan sencilla y tan general y espiritual, que no entró al entendimiento envuelta ni paliada con alguna especie o imagen sujeta al sentido, de aquí es que el sentido e imaginativa, como no entró por ellas ni sintieron su traje y color, no saben dar razón ni imaginarla para decir algo della... Por cuanto la sabiduría de esta contemplación es lenguaje de Dios al alma de puro espíritu a espíritu puro, todo lo que es menos que espíritu, como son los sentidos, no lo percibe, y así les es secreto y no lo saben ni pueden decir." Sin embargo, si el espíritu intenta hacerlo, toma conciencia de su impotencia y "ve cuán bajos y cortos y en alguna manera impropios son todos los términos y vocablos con que en esta vida se trata de las cosas divinas."(N II,17)

La misma observación se hace en el Cántico espiritual, en el que Juan de la Cruz habla de la impotencia de las criaturas para expresar lo que es Dios. Este es "un no sé qué que quedan balbuciendo." (7,5) Dice en el prólogo: ¿Quién podrá escribir lo que el Espíritu del Señor hace entender a las almas amorosas donde mora? ¿Y quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? ¿Y quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente, nadie lo puede; cierto, ni las criaturas mismas por las que pasa lo pueden; por ello es por lo que con figuras, comparaciones y semejanzas transmiten algo de lo que sienten y vierten de aquella abundancia del espíritu secretos y misterios que con razones no pueden declarar... y así, lo que de ello se declara ordinariamente es lo menos que contiene en sí."

En el prólogo de la Llama de amor viva, a pesar de sentirse particularmente inspirado, Juan de la Cruz dice a propósito del contenido de su poema: "Son cosas interiores y espirituales, para las cuales comúnmente falta lenguaje, porque lo espiritual excede el sentido, con dificultad se dice algo de la sustancia." A lo que añade en la estrofa 3: "Todo lo que se puede en esta canción decir es menos de lo que hay, porque la transformación del alma en Dios es indecible."

Así pues, las palabras humanas, los nombres divinos no revelan a Dios, ni su obrar en el alma; se necesita otra cosa, esa percepción oscura que se establece en un silencio profundo, una ignorancia de toda palabra y de todo nombre.

Y sin embargo, a pesar de las carencias de las palabras, de este foso entre la experiencia y el discurso, de esta impotencia de la imaginación para forjar una palabra adecuada, Juan de la Cruz recurre a ella para expresar en sus poemas lo que le parece imposible decir. Estima incluso que los poemas contienen, condensan lo esencial de lo que puede transmitir de su experiencia. En el argumento inicial de la Subida, declara: "Toda la doctrina que entiendo tratar en esta Subida del Monte Carmelo está incluida en las siguientes canciones, y en ellas se contiene el modo de subir hasta la cumbre del monte, que es el alto estado de la perfección que aquí llamamos unión del alma con Dios... Las he querido poner aquí juntas para que se entienda y vea junta toda la sustancia de lo que se ha de escribir."

Hacer entender y ver junta toda la sustancia, todo lo esencial de su propósito; tal es el poder que Juan de la Cruz atribuye a su poema *La Noche Oscura*; lo

confirma el prólogo de su Cántico donde subraya el hiato que separa el poema de su comentario: "Por haberse, pues, estas Canciones compuesto en amor de abundante inteligencia mística, no se podrán declarar al justo... Los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos a un sentido a que no se acomode todo paladar ; y así, aunque en alguna manera se declaran, no hay para qué atarse a la declaración porque la sabiduría mística, la cual es por amor de que las presentes Canciones tratan, no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto de amor y aflicción en el alma."

¿Por qué esta mudanza, esta confianza concedida súbitamente a la palabra poética, que parece contradecir tantas declaraciones sobre la impotencia del lenguaje para decir lo divino? Quizá se necesite aquí recordar lo que decía Mallarmé : "los versos no se hacen con ideas sino con palabras", y ver que el crédito que Juan de la Cruz da a éstas no tiene nada de conceptual. No se trata en sus poemas de nociones claras sino de "figuras, comparaciones y semejanzas... que antes rebosan algo de la abundancia del espíritu y vierten secretos misterios que con razones lo declaran." (C. pr.)

Philippe Jaccottet, interrogado un día acerca de la relación entre poesía y mística⁹, respondía: "La palabra « mística » pide ser utilizada con muchos escrúpulos. Pero, es verdad que, durante estos últimos años, he releído a menudo los poemas de san Juan de la Cruz, una de las cumbres de la poesía a mis ojos... Sin duda es la intuición de lo indecible como fuente de la palabra lo que acerca la poesía a la mística."

El poema, si es poesía auténtica, enfoca hacia un más allá o un más acá que lo atraviesa et lo rebosa a la vez. Y al transmitírnoslo, se revela como el instrumento privilegiado de la expresión de la experiencia mística, que es a la vez, contacto con un ilimitado englobante y penetrante. Por otro lado, como dice Dominique Poirot, "El éxtasis poético se da graciosamente al final de un camino de desapropiación. El arte poético sugiere el aspecto no merecido, no debido, derivado de la gracia... aun cuando este arte se trabaja."¹⁰

El aspecto de trabajo tiene que ser examinado ahora, pues, a diferencia de Ángela de Foligno, Catalina de Siena, Jacob Böhme y otros místicos que escribían pasivamente, bajo influencia directa en cierto modo, Juan de la Cruz nunca empleó la escritura automática ni la redacción extática. A una carmelita que le preguntaba un día si había recibido de Dios las palabras divinas de su Cántico, respondió : "Hija mía, Dios me daba algunas palabras, y yo buscaba las otras." Jorge Guillén tiene pues razón cuando escribe que "ha sabido realizar el equilibrio perfecto entre poesía inspirada y poesía construida."¹¹ Esta construcción nos interroga sobre modelos y fuentes.

La cuestión de las fuentes fue debatida vigorosamente en 1950 en un pequeño libro del P.Emeterio G. Setién: *Las raíces de la poesía sanjuanista y Dámaso Alonso*, en respuesta a un estudio de éste sobre *La poesía de san Juan de la Cruz*¹². Allende el carácter polémico del debate, se puede retener de éste que una triple influencia se ha ejercido sobre el místico español: la de la tradición del

⁹ En un artículo de "le Monde" del 15.07.94.

¹⁰ *Jean de la Croix, poète de Dieu* (Cerf - 1995) p.82.

¹¹ Postface à *Poésies complètes*, édition bilingue de Bernard Sesé (Ibériques - José Corti - 1993).

¹² Madrid - Instituto Antonio de Nebrija.

Renacimiento de origen italiano, la de la tradición popular y cortesana de origen español, y la del Cantar de los Cantares.

La primera se manifiesta sobretudo en el terreno de los modelos métricos tomados a Garcilaso y Luis de León¹³ ; la segunda por la influencia de romances y canciones entonces en boga, a los cuales Juan de la Cruz ha tomado versos (véante mis ojos...) y a veces estrofas enteras (por toda la hermosura...) ; la tercera constituye sin ninguna duda la fuente principal de sus metáforas (la salida de noche, los ojos y los cabellos de la esposa, las lámparas de fuego, los cedros...).

Sin embargo, no se puede negar que estas múltiples fuentes han tenido una influencia fragmentaria y difusa. Como lo anota el P. Emeterio, Juan de la Cruz, gran enamorado de la naturaleza, frecuentando los lugares solitarios donde podía contemplar bosques, montañas, valles, riberas, palomas... ha sacado de ellos más de una imagen para su poesía. Luego no es necesario apelar siempre a fuentes literarias.

En fin, este problema de las fuentes no se puede examinar sino repuesto en un contexto más largo. Pero, lo que hay que ver, ante todo, es la importancia central de la poesía en la vida y la obra de Juan de la Cruz : importancia que la pone en la encrucijada de todo lo que ha contado en su vida; en primer lugar, la experiencia transformante de Dios, pero también la de la naturaleza en la que se sumerjía en cuanto podía, la de la cultura de su tiempo, bíblica, mística, teológica, poética, y la de la enseñanza que no cesó de prodigar tomando apoyo sobre sus poemas. Este faceta preferente, este papel clave de la poesía en su vida, a pesar de los pocos textos producidos, es lo que hizo escribir a Jorge Guillén : "San Juan de la Cruz es el gran poeta más breve de la lengua española, quizá de la literatura universal. Si dejamos de lado las obras de autenticidad discutible y algunas otras de menos interés, san Juan se resume en siete poesías; una pléyade suficiente."¹⁴

Por cierto, los editores de la poesía sanjuanista hacen importantes esfuerzos para hinchar este cuerpo, extrayendo a veces textos de sus comentarios. Pero, J.Guillén tiene razón de atenerse a los mejores poemas y desatender lo que es, a menudo, solamente teología rimada.

A decir verdad, las poesías de Juan de la Cruz pueden repartirse en dos grandes categorías: los poemas alegóricos que son los tres poemas mayores; utilizan un lenguaje metafórico, sacan numerosas imágenes del Cantar de los Cantares, de la poesía del tiempo y de la experiencia de la naturaleza. Los poemas teológicos, principalmente los romances, apelando a nociones que conciernen al dogma o a la historia de la salvación. Entre estas dos categorías, Juan de la Cruz se entrega a un género mixto, mezclando los aspectos de manera un poco abstracta; es el caso de ciertas glosas. Sin embargo, lo que hace la unidad del conjunto es el carácter oral de todos estos poemas que Juan de la Cruz llama "canciones" y que se

¹³ Juan de la Cruz indica en la presentación del poema de la Llama el modelo que ha seguido : Juan le Boscan. De hecho, el Boscan es el editor que ha dado su nombre a un libro de poemas donde se pueden leer textos de Sebastian de Córdoba, el mismo imitador de Garcilaso. Luego, es a este que hay que referir la estructura de las estrofas de la Llama, como por lo demás la de la Noche y del Cántico. Esta estructura es, por la Llama, de 6 versos de 7 (1,2,4,5) y 11 sílabas (3 y 6), por la Noche oscura y el Cántico espiritual, de 5 versos de 7 (1,3,4) y 11 sílabas (2,5).

¹⁴ Op.cit.p.99.

prestan bien a la puesta en música como lo muestran acertadamente Amancio Prada et Vicente Pradal.¹⁵

"¿ Se ha conseguido nunca semejante fusión del alma y del arte ?" se pregunta J.Guillén¹⁶ Quizá lo que da a Juan de la Cruz un lugar aparte entre los grandes poetas (que no eran místicos) y los grandes místicos (que no eran poetas) es de haber alcanzado lo que intentaron hacer : decir lo inefable. O más bien, es lo Inefable lo que se ha dicho en él. En sus poemas, lo indecible, lo inconcebible ha tomado voz, se ha puesto en palabras, para indicar a los hombres dolientes, perdidos en la noche del mundo, un camino hacia la luz y la alegría.

¹⁵ Amancio Prada, *Canciones del alma sobre textos de san Juan de la Cruz* : un CD de la colección Lcd El Europeo (Camaina - 2002). Vicente Pradal, *La Nuit obscure* (Virgin France - 1996). La puesta en musica de las traducciones al revés no es siempre feliz.

¹⁶ Op.cit.p.133.

2. EL VISIONARIO CÓSMICO

Si la transcendencia es el centro mismo de la poesía sanjuanista a la que inspira y además rebasa, ello no significa que abstraiga al poeta del mundo. Al contrario, la transcendencia le conecta con todo lo que le rodea y es el cosmos entero el que sirve de cuadro y soporte para su encuentro con el Último. Así aparece claramente en el Cántico Espiritual, el poema más largo que ha compuesto. Desde sus primeras estrofas, extiende ante de nuestros ojos un gran fresco de la Naturaleza: las colinas y los montes, las riberas de los ríos y de los mares, los bosques y espesuras, los prados florecidos y los sotos. Todo ello es lugar de la búsqueda amorosa, impaciente y ardiente :

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

Todo eso es objeto de interrogación, de asombro :

¡ Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado !
¡ Oh prado de verduras
de flores esmaltado !
decid si por vosotros ha pasado.

A lo que la Naturaleza responde :

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.

Pero esta hermosura que se ofrece a la mirada del alma apenada, la deja gimiente por la ausencia de su Amigo y deseo de El.

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Luego, cuando la búsqueda llega a su término, cuando el Amigo surge de repente sobre la colina, el mundo aparece, por éxtasis y por gracia, transfigurado con El y en El :

Mi Amado, las montañas,
 los valles solitarios nemorosos,
 las ínsulas extrañas,
 los ríos sonorosos,
 el silbo de los aires amorosos,

la noche sosegada
 en par de los levantes del aurora,
 la música callada,
 la soledad sonora,
 la cena que recrea y enamora.

Estas estrofas, centro del poema, resuenan en ecos que siguen recordando la presencia de la Naturaleza como lugar del encuentro:

De flores y esmeraldas,
 en las frescas mañanas escogidas,
 haremos las guirnaldas...

que está ya florecida nuestra viña,
 en tanto que de rosas
 hacemos una piña...

Ven, austro, que recuerdas los amores,
 aspira por mi huerto
 y corran sus olores,
 y pacera el Amado entre las flores.

Las estrofas 27 y 28 (CA) que sellan la unión de los amantes, sitúan ésta "en el ameno huerto deseado... debajo del manzano", y las siguientes invocan de nuevo los actores naturales,

A las aves ligeras,
 leones, ciervos, gamos saltadores,
 montes, valles, riberas,
 aguas, ayres, ardores...

para pedirles que se sosieguen.

El poema se acaba con la visión de montañas, ínsulas, riberas verdes, de la colina donde surge el agua pura, de espesuras y cavernas escondidas, del bosque encantador y de la noche serena, de la vista de las aguas, por fin, a las se acerca la caballería.

En definitiva, si el Cántico espiritual nos invita a la búsqueda amorosa, lo hace recurriendo muy abundantemente a imágenes de la naturaleza, y el impulso que lo anima nos hace saltar al mismo tiempo hacia el cosmos. El poema de La Noche, en cambio, es más intimista, y su contexto nocturno se presta poco a la contemplación del mundo y de sus maravillas. En cuanto al de La Llama, está vuelto hacia la luz y el

fuego interior, hacia una gloria sabrosa y secreta que hace pensar en el verso de Eluard : "El amor está en el mundo por el olvido del mundo."

Sin embargo, la visión cósmica de Juan de la Cruz no se limita al Cántico espiritual. La encontramos de nuevo en sus glosas y romances que ponen en escena la creación como lugar del encuentro con Dios.

En el poema : "Aunque de noche", concebido como el Cántico espiritual en la oscuridad de la cárcel de Toledo, el místico español evoca "la fonte que mana y corre" en la noche. Esta fonte sin fondo, de gran belleza, riega abundantemente "cielos, infiernos y naciones" y llama à todas las criaturas que beben de su agua, aunque a oscuras.

En cuanto a los romances, aunque de factura menos poética, escenifican la creación del mundo, construido con gran sabiduría, y su recreación en la Encarnación del Verbo-Esposo.

Si pasamos ahora de los versos a los textos que los prolongan, comentándolos, no podemos sino quedar impresionados po la mirada identificadora que Juan de la Cruz echa sobre Dios y el mundo.

"Mi Amado, las montañas... las montañas tienen alturas, son abundantes, anchas, hermosas, graciosas, floridas y olorosas. Estas montañas es mi Amado para mí.

Los valles solitarios nemorosos... Los valles solitarios, quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos hacen gran recreación y deleite al sentido con la variedad de sus arboledas y suave canto de aves, dan refrigerio y descanso en su soledad y silencio. Estos valles son mi Amado para mí.

Las ínsulas extrañas... Las ínsulas extrañas están ceñidas por la mar y allende de los mares, muy apartadas y ajenas de la comunicación con los hombres ; y así en ellas se crean y nacen cosas muy diferentes de las de por acá, de muy extrañas maneras...

Los ríos sonorosos... la voz de estos ríos tienen tal sonido, que de todo otro sonido privan y ocupan... Y así, este invadir divino que hace Dios en el alma como "ríos sonorosos" toda la hinchada de paz y gloria."

El silbo de los aires amorosos... Los aires silban, se hacen oír, acariacian, refrescan. Así Dios...

Resumiendo, el mundo es metáfora divina y Dios un mundo para el alma.

Más adelante, a propósito del soto de la estrofa 38, Juan de la Cruz señala: "Por soto entiende aquí a Dios con todas las criaturas que en Él están ; porque, así como todos los árboles y plantas tienen su vida y raíz en el soto, así las criaturas celestes y terrestres tienen en Dios su raíz y su vida." En la Llama, la visión de esta interpenetración le hace incluso decir que el alma "conoce por Dios a las criaturas, y no por las criaturas a Dios." (4,2).

Y cómo no volver a recordar aquí la exclamación ya citada : "Míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes. Los justos son míos, y míos los pecadores... y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí."¹⁷ Este escrito corto, aunque no rimado, participa sin ninguna duda del lirismo poético de Juan de la Cruz, agrupando en un solo espacio un único dominio, todo lo que cuenta para él, es decir todo lo que existe, lo que vive : un reino que no teme apropiarse cuando se ha despegado de todo y de sí mismo.

¹⁷ Dichos de luz y amor, 26.

Angelus Silesius escribe en un dístico :

"Si posees el Criador, todo se lanza a continuación :
hombre, ángel, sol y luna, aire, fuego, río y tierra."

No hay duda que Juan de la Cruz se está muy cerca de estos conceptos cuando proclama suyo todo el universo, ya que Dios esta en él y por él, desde el instante, dice en otra parte, que él se ha vuelto Dios y participa de su ser más íntimo y más total. También Etty Hillesum declara : "Llevo en mí todos los paisajes, tengo todo el espacio deseado. Llevo en mí la tierra y llevo el cielo... Los más anchos ríos se precipitan en mí, las más altas montañas se alzan en mí. Detrás de las malezas entremezcladas de mis angustias y de mis desconciertos se extienden las vastas llanuras, el país tranquilo de mi paz y de mi feliz abandono."¹⁸

Como escribe J.Guillén : "Esta vida interior deja sitio a la afirmación más fuerte del mundo y de sus criaturas."¹⁹ La exigencia de despegue no es sino un retroceso para mejor saltar, para mejor brincar en el cosmos y sumergirse en su fuente : el Dios que lo abreva y anima.

"Bien sé que suelo en ella no se halla
y que ninguno puede vadealla."

"Muy pocos extreman más lejos que Juan de la Cruz la exigencia de la pura unidad", escribe Pierre Darmangeat²⁰. Sin duda es en su poesía en la que esta exigencia se manifiesta mejor, pues están ahí olvidadas las precauciones teológicas que en sus comentarios le hacen tomar una distancia con Dios, por cuidado de tratar con precaución los dogmas de la creación y de la alteridad divina. En los poemas, las metáforas destrozan y hacen saltar por los aires todo cuadro conceptual, hundiendo al lector con el poeta en un mundo donde "Dios es todas las cosas".(C 13)

Mi Amado las montañas.
Mi Amado el universo.

¹⁸ *Une vie bouleversée. Journal* (Paris - Seuil - 1985).

¹⁹ Op.cit.p.132.

²⁰ *Trois poèmes majeurs, préface* (Portes de France - 1947) p.26

3. EL CANTOR DEL AMOR

Si hay un tema que atraviesa toda la poesía sanjuanista y la inspira sin cesar, es sin ninguna duda el amor. Lo encontramos en centro de los poemas que ha comentado y en resurgencia continua en todos los otros. Hablando de *la Noche oscura*, del *Cántico espiritual* y de *la Llama de amor viva*, J. Guillén escribe: "Tenemos aquí tres poemas de amor. Este amor configura un mundo con su atmósfera, sus noches, sus luces tamizadas, sus días, sus campos, sus cavernas, en una soledad que no acoge a nadie sino a estos amantes, y en una lejanía donde reinan sobre ellos mismos y sobre la Creación de la manera la más secreta, al abrigo de las murallas más inexpugnables."²¹

El primero de estos poemas en ser redactado se inscribe en la poesía pastoral del Renacimiento, como lo muestra el recurso a los pastores y su cuadro bucólico. Se puede ver allí, como en el poema del pastorcico, los amores de un pastor y de una pastora, identificados también a un ciervo y a una paloma. Pero se alimenta sobretudo con imágenes tomadas del Cantar de los Cantares que habla también de pastores y los califica de amantes : el Amado y la Amada.

Como el Cantar de los Cantares, el Cántico espiritual se puede leer a la manera de un poema de amor humano con sus inquietudes y sus impacencias, sus deseos locos, sus impulsos apasionados, sus nostalgias y sus desesperaciones:

Mira que la dolencia
de amor, que no se cura...

Parece bien, en primer lugar, leer este poema sin preocupaciones teológicas o místicas, para gustar toda la sensualidad, el gozo a la vez sublime y carnal que lo atraviesa.

El poema de la Noche oscura, compuesto más tarde, merece el también leerse de la misma manera: En la noche, una mujer escapa de su casa bajo un disfraz para reunirse con su amante en un lugar aislado. Allí, se une con él y se duerme en su abrazo. La unión de los amantes realizada deja lugar, a la luz de la alborada, a la paz del deseo colmado.

De hecho, Juan de la Cruz utiliza en su poema imágenes discretamente eróticas para evocar una unión mística menos fugitiva que la de los cuerpos. Y como nos invita su comentario, conviene después releer el poema desde otro punto de vista.

Las cuatro primeras estrofas cantan la escapada del alma que sale de su casa: de la casa ya sosegada de sus deseos y de sus tormentos. Sale de noche, en la ausencia de toda claridad vana, guiada por la sola luz que arde en su corazón. El principio del poema indica el camino del despego activo y pasivo que opera el amor, pero visto por alguien que ya lo ha recorrido y ha salido de la oscuridad a la luz, guardando sólo lo positivo de la aventura. Las cuatro últimas estrofas cantan la unión con Dios, la transformación efectuada por el amor, y la paz obtenida, gracias a la noche.

En cuanto al poema de la LLama, aunque muy corto, tiene una intensidad notable. Esta última gran obra de Juan de la Cruz expresa la cumbre de su

²¹ Op.cit.p.101.

experiencia : sus cuatro estrofas ensalzan el fuego del amor que ha transformado el corazón del poeta y brilla calurosa y suavemente en lo más íntimo de él. Evocando los juegos de esta llama, este, vuelto ascua divina, expresa el deseo de una consunción total en la cual sería completamente transformado en fuego. A esta imagen se añade la de un despertar en el cual se descubre respirando con el aliento mismo de Dios.

Si las dos imágenes de la noche y del fuego son el centro de los dos poemas que acabamos de evocar, las encontramos también reunidas al fin del Cántico espiritual. En la estrofa 38 (CA), el alma evoca el don del aliento y del canto del espíritu, así como la visión del cosmos arraigado en Dios, en la noche sosegada donde arde un amor que la consume sin dolor.

Pero, antes de este apogeo, la ascensión nocturna del alma se presenta ya bajo la señal de una purificación iniciática por el fuego : "El divino fuego de amor de la contemplación purga el alma de todos sus accidentes contrarios..."(NII,10) "Esta oscura noche de fuego amoroso, así como a oscuras va purgando, así a oscuras va al alma inflamando... Así, los espíritus se purgan y limpian con fuego amoroso, tenebroso, espiritual." (NII,1 2) En resumen, esta noche oscura de la contemplación está compuesta de luz divina y de amor, así como el fuego posee luz y calor.

Al fin de esta transformación, "el alma siente ella convalecer y crecer tanto el ardor, y en ese ardor afinarse tanto el amor... que le parece que todo el universo es un mar de amor en que ella está engolfada."(F2, 2) Es cuando en la noche serena se levanta la alborada divina, potencia flameante, sobre el alma sosegada del poeta.

La noche oscura, purificadora, luego alumbradora, el fuego tenebroso que consume, llameante con luz cálida, son para Juan de la Cruz imágenes que se completan y se recubren. Pero estas metáforas paradójicas no son, él lo sabe, más que balbuceos intentando expresar lo inefable, la indecible maravilla de su gran aventura amorosa.

Al principio de la Noche oscura y del Cántico espiritual, el místico español aparece como un asceta intransigente que aspira a la superación de los placeres sensibles : "Ni cogéré las fiores", escribe. Al fin del Cántico y de la Llama, nos revela que este camino árido no debía recorrerse sino imantado por un gozo que, por su anchura y su intensidad, excede toda felicidad humana. La abstinencia lleva la embriaguez : "En la interior bodega de mi Amado bebí." Entonces, "el alma bebe de su Dios" (C 26, 2), consume lo que la consume, y el poeta recoge los vapores de esta embriaguez, las chispas de esta llama.

En el prólogo de su Cántico, escribe en efecto : "Por cuanto estas canciones... parecen ser escritas con algún fervor de amor de Dios... y el alma que de él es informada y movida en alguna manera esa misma abundancia e ímpetu lleva en él su decir, no pienso yo ahora declarar toda la anchura y copia que el espíritu fecundo de el amor en ellas lleva ; antes sería ignorancia pensar que los dichos de amor en inteligencia mística, cuales son los de las presentes Canciones, con alguna manera de palabras se puedan bien explicar... Quién podrá escribir lo que a las almas amorosas donde El mora hace entender?"

Esta impotencia de decir el amor no le ha impedido sin embargo a Juan de la Cruz evocarla largamente en sus poemas mayores, ni el que vuelva a tomar el mismo tema en otros. En *Tras De Un Amoroso Lance*, poema que presenta la búsqueda espiritual como una persecución amorosa y como escenas de cetrería, escribe :

Para que yo...alcance diese
 a queste lance divino,
 tanto volar me convino
 que de vista me perdiese ;
 y, con todo, en este trance
 en el vuelo quedé falto ;
 mas el amor fue tan alto,
 que le dí a la caza alcance.

En *Sin arrimo y con arrimo*, un poema centrado en las metáforas del arrimo, de la noche y del fuego, el amor ocupa también un papel central:

Porque el amor de tal vida
 cuando más ciego va siendo,
 que tiene al alma rendida...

Hace tal obra el amor
 después que le conocí,
 que, si hay bien o mal en mí,
 todo lo hace de un sabor,
 y al alma transforma en sí ;
 y así, en su llama sabrosa,
 la cual en mí estoy sintiendo,
 apriesa, sin quedar cosa,
 todo me voy consumiendo.

El poema *Por toda la hermosura nunca yo me perderé* muestra la aspiración de "El que de amor adolece.../ y apetece un no sé qué / que se halla por ventura.". Y el del pastorcico en un ir y venir revela que Dios (Cristo) también sufre un amor por la humanidad que lo abandona, abandono que le conduce à la cruz :

Y al cabo de un gran rato, se ha encumbrado
 sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
 y muerto se ha quedado asido dellos,
 el pecho de el amor muy lastimado.

Según testigos oculares, algunos instantes antes de morir, Juan de la Cruz, interrumpiendo las oraciones por los agonizantes, pidió que se le leyeran algunos versos del Cantar de los Cantares. "Qué piedras preciosas" dijo. Poco tiempo después, dejaba este mundo, llevandose con él el perfume de este poema incandescente que lo había inspirado durante toda su vida :

Oigo a mi Amado que llama,
 Ábreme, mi hermana, mi amada,
 mi paloma perfecta...

Soy de mi Amado y mi Amado es mío,

apacienta su ganado entre las azucenas.

Pónme como un sello sobre tu corazón,
como un sello sobre tu brazo.

Pues el amor es fuerte como la muerte...

Las grandes aguas no podrán apagarlo
ni los ríos sumergirlo.

III. MÍSTICO

1. EL PASAJERO DE LA NOCHE

La noche del 3 al 4 de diciembre de 1577, Juan de la Cruz es apresado en Ávila por los Carmelitas Calzados y llevado, ojos vendados, a Toledo donde lo secuestran en un calabozo. Empieza entonces para él un largo período de privación de luz, de aire y de comida, de injurias y de golpes, que cesará sólo nueve meses más tarde, el 16 de agosto 1578, cuando se evada de la cárcel.

De esta noche tremenda habla en su poesía como de una noche dichosa, recordando de ella sólo la oportunidad que se le dio de salir de todo y de sí mismo. Esta prueba fecundó su vida y su escritura: la noche oscura se ha vuelto en efecto desde entonces en uno de los grandes temas de su obra y en una metáfora central en sus poemas. La trataremos aquí desde el ángulo iniciático que experimentó, el de una experiencia transformadora que ha querido describir para ayudar a los que, como él, serían llamados a conocerla. En sus tratados de *La Subida* y de *la Noche* es donde habla de esta noche lo más extensamente y con mayores detalles. Recubre para él la experiencia de la contemplación: "Esta noche, que decimos ser la contemplación, dos maneras de tinieblas causa en los espirituales o purgaciones." (N I,8)

El tratado de *la Noche Oscura* considera la entrada en contemplación como un período de prueba²². Se trata de la noche de los sentidos: tiempo de sequedad (N I,9) y de desasimiento de los bienes criados (N I,2). "Anegado ya el sentido interior en esta noche" (N I,8), aridez, asco, amargura, sequedad de la sensibilidad, tales son sus efectos subjetivos. Sin embargo, los provechos que el alma recibe en ella son innumerables (N I,12), siendo su principal efecto el unificar las facultades y las energías del espíritu. "Dios pone al alma en esta noche sensitiva, a fin de purgar el sentido de la parte inferior y acomodarle y sujetarle y unirle con el espíritu." (N I,11)²³ "El alma ordinariamente entra en esta noche sensitiva en dos maneras: la una es activa, la otra pasiva. Activa es lo que el alma puede hacer y hace de su parte para entrar en ella. Pasiva es en la que el alma no hace nada, sino Dios la obra en ella." (M I,13)

²² Mientras *la Subida del Monte Carmelo* se aplica sobre todo al aspecto agradable, apacible, suave de la contemplación, y eso desde el comienzo que está dada - a lo más señala una cierta insensibilidad (M II,14) -, *la Noche oscura* la presenta como una prueba. Esta desemejanza proviene de las diferencias de perspectivas entre los dos tratados. *La Subida* y *la Noche* libran dos aspectos complementarios, activo y pasivo, de un mismo proceso de transformación. Correlativamente, presentan la contemplación bajo dos aspectos diferentes : la contemplación suave y beatificante esta puesta de relieve en la óptica activa de *la Subida*, que quiere incitar el espiritual a deshacerse de sus apegos ; la contemplación purgativa - la misma sin embargo - esta puesta de relieve en la perspectiva pasiva de *la Noche* porque humillando y paralizando toda acción humana, lo invita a soltar prenda para librarse totalmente a la acción divina que, sola, puede transformarlo. En la realidad, y como lo nota el mismo Juan de la Cruz, las cosas son menos tajantes y las dos formas de contemplación pueden sucederse (N II,7) aun a veces cubrirse (N II, 10 -11).

²³ Juan de la Cruz da tres señales indicando la entrada en la noche del sentido :

- 1) Una ausencia de gusto y una imposibilidad de meditar y discurrir sobre Dios.
- 2) Una ausencia de interés por las cosas exteriores.
- 3) Una atención amorosa a Dios, sin consideración particular.

De hecho, la noche de los sentidos opera un cambio. Mientras que antes, Dios alumbraba el alma por la mediación de los bienes sensibles y del gusto de la devoción religiosa, en la noche del sentido, transfiere su acción al espíritu al que sustenta directamente a través de la contemplación. La sensibilidad, como no halla nada en las realidades sensibles, sufre por este desasimiento, tanto más cuanto que no ha aprendido todavía a gustar de la comunicación del espíritu con Dios. Se encuentra en un estado de frustración a causa de la carencia de los bienes sensibles que ya no gusta y de los bienes espirituales que no aprecia todavía. Esta sequedad de la noche debe llevarla poco a poco a volverse hacia el espíritu y a unirse con Él para recibir de Él su parte de maná celestial.

Sin embargo, si queremos profundizar más, veremos que este dualismo estructural es deficiente. Es todo el hombre, sentido y espíritu que, el que en esta noche del sentido debe convertirse a una nueva vida y a un nuevo modo de percepción de lo divino. Juan de la Cruz lo aclara cuando dice que "si el espíritu no siente al principio el sabor y deleite espiritual, sino la sequedad y sinsabor, es por la novedad del trueque, porque, habiendo tenido el paladar hecho a esotros gustos sensibles, todavía tiene los ojos puestos en ellos." (N I,9)

Así, la noche del sentido es también una noche del espíritu. Afecta a todo el hombre pues traba su actividad psíquica privándola de sus objetos y de sus hábitos. Es como si Dios mismo lo tejiese alrededor a modo de crisálida, como principio de una metamorfosis. El comportamiento que los espíritus deben tener entonces en la oración es sencillo : "Que dejen estar el alma en sosiego y quietud... que harto harán en tener paciencia... el alma libre y desembarazada y descansada de todas las noticias y pensamientos... contentándose sólo con una advertencia amorosa y sosegada en Dios... sin gana de gustarle o de sentirle." (N I,10)

"Pero el tiempo que al alma tenga en este ayuno y penitencia del sentido cuánto sea no es cosa cierta decirlo; porque no pasa en todos de una manera ni unas mismas tentaciones..." "Algunos ni bien están en la noche ni bien fuera de ella..." "Pero las almas que han de pasar a tan dichoso y alto estado como es la unión de amor, por muy aprisa que Dios las lleva, harto tiempo suelen durar en estas sequedades y tentaciones ordinariamente, como está visto por experiencia." (N I,14)

Si se cree al místico español, esta primera conversión operada por la noche de los sentidos desemboca en un período de paz y de suavidad más o menos largo, un tiempo de descanso en su marcha hacia Dios que la prepara a la acción más profunda de la noche del espíritu." "Una alma que Dios ha de llevar adelante, no luego que sale de las sequedades y trabajos de la primera purgación y Noche del sentido la pone Su Majestad en esta Noche de espíritu, antes suele pasar harto tiempo y años, en que, salida el alma del estado de principiantes, se ejercita en el de aprovechados ; en el cual, así como el que ha salido de una estrecha cárcel, anda en las cosas de Dios con mucha más anchura y satisfacción del alma y con más abundante e interior deleite que hacía a los principios, antes que entrase en la dicha noche." (N II,1)

Esta dilatación feliz proviene, explica Juan de la Cruz, del hecho de que la sensibilidad ha aprendido a gustar la contemplación que Dios infunde en la profundidad del espíritu. Sin embargo, esto no es sino una etapa que desemboca en una nueva noche mucho más penosa. La noche del espíritu se presenta en efecto como un período de purificación particularmente intenso, una verdadera guerra (N II, 24) : "Se compara a la medianoche, que totalmente es oscura". (M I,2). Es por

excelencia "la noche de la fe", puesto que se pierden allí todas las señales y que el único recurso es una confianza y un abandono incondicional. La segunda noche "es más oscura que la primera, porque ésta pertenece a la parte inferior del hombre, que es la sensitiva y, por consiguiente, más exterior, y esta segunda de la fe pertenece a la parte superior del hombre, que es la racional y, por consiguiente, más interior y más oscura, porque la priva de la luz racional o, por mejor decir, la ciega ; y así, es bien comparada a la media noche, que es lo más adentro y más oscuro de la noche." (M II,2)

De hecho, no más que la noche del sentido, esta noche del espíritu es selectiva de una parte del psiquismo humano. Juan de la Cruz nos lo dice desde el principio de su descripción: "La purgación válida para el sentido es cuando de propósito comienza la del espíritu... En esta noche que se sigue se purgan entrambas partes juntas." (N II,3)²⁴ Es mucho más una cuestión de intensidad y de profundidad en la interioridad de la prueba, que de un nuevo tipo de noche. La noche del espíritu no es otra que la noche del sentido porque concerniría el espíritu sin la sensibilidad (y la noche del sentido: la sensibilidad sin el espíritu) sino porque en ella, el campo de la conciencia estando interiorizado, no es sólo el desasimiento de los bienes relativamente externos del que se trata, sino más bien del despojo de toda suficiencia propia, de todo "ego". Son los bienes más íntimos, su identidad misma que se ve afectada en el alma que entra en la noche del espíritu, es a una muerte de sí-misma a la que se ve convidada.

Como escribe Thomas Merton: "La verdadera noche oscura es la del espíritu, den la que todas las formas más altas de visión y de inteligencia son oscurecidas y dejadas en el vacío (...) Juan de la Cruz enseña que la luz de Dios brilla en el vacío total, donde no hay nada para recibirla".²⁵

Comentando la primera estrofa de la Noche Oscura, Juan de la Cruz escribe : "Entendiendo ahora esta canción a propósito de la purgación contemplativa o desnudez y pobreza de espíritu (que todo aquí casi es una misma cosa) podemosla declarar en esta manera, y que dice el alma así : En pobreza, desamparo y desarrimo de todas las aprehensiones de mi alma... dejándome a oscuras en pura fe, la cual es noche oscura para las potencias naturales, sólo la voluntad tocada de dolor y aflicciones y ansias de amor de Dios, salí de mi misma." (N II,4)

El tema central del tratado de la Noche Oscura es pues la contemplación purificadora : todas las páginas hablan de ella ; la piedra maestra de esta doble prueba que constituyen "la noche de los sentidos" y "la noche del espíritu" es Dios mismo operando en el alma una refundición total, una divinización en negativo. Poniendo la unión como fin, Juan de la Cruz no vacila en declarar : "Conviene mucho y es necesario para que el alma haya de pasar a estas grandezas, que esta noche oscura de contemplación la aniquile y deshaga primero en sus bajezas, poniéndola a oscuras, seca y apretada y vacía." (N II, 9)

La contemplación, que anima a veces a recorrer el camino de la noche del sentido y finalmente lo corona, era frecuentemente una comunicación pacífica y suave. En la noche del espíritu se convierte en una purgación terrible. Si sostenía antes el esfuerzo de despego del alma, humilla ahora todo esfuerzo humano : "Dios

²⁴ Esta noche siendo fundamentalmente "la noche de la contemplación" (N II,4) y la contemplación sanjuanista siendo una, se ve difícilmente como se podría salvar una dualidad entre las dos noches del sentido y del espíritu, sino en los efectos que esta contemplación produce.

²⁵ *Mystique et Zen* (Albin Michel - 1995) p.45.

es el que anda aquí haciendo la obra en la pasividad del alma; por eso ella no puede nada, ni rezar, ni asistir con advertencia a las cosas divinas puede, ni menos en las demás cosas y tratos temporales." (N II,8)

Así, casi todo el comentario de la Noche Oscura trata de la prueba que supone la acción purificadora de Dios sobre el psiquismo humano, por medio de la contemplación, de manera que se tiene la impresión de que toda la prueba de la noche se reduce al oscurecimiento y sequedad que opera esta contemplación. Esta insistencia proviene sin duda de la experiencia que obtuvo Juan de la Cruz al ver que muchos seres no entendían lo que les ocurría en la prueba y, en su desamparo, no dejaban el obrar divino operar correctamente. Quiso ciertamente aclarar este punto insistentemente.

Esto no quiere decir sin embargo que sólo la acción divina sea fuente de sufrimiento purificador en el camino espiritual. El mismo Juan de la Cruz vivió los más duros episodios de su noche en la cárcel de Toledo; hambriento y agobiado por los malos tratos, alude, en la Llama, (2,5) a los trabajos y desolaciones que vienen del mundo. Las situaciones de desánimo, por desgracia, no faltan: enfermedades, accidentes, dificultades de todas clases desde el punto de vista familiar, social, profesional, pueden surgir en el camino hacia Dios y proveerle al espíritu ocasión y materia de purificación, despego y compasión.

En Juan de la Cruz se ve, sin embargo, que en el seno de estas pruebas de origen externo, se desarrolla paralelamente una acción de Dios subterránea, purificadora, y que el conjunto desemboca en la alegría y la paz de la unión, en "la noche sosegada en par de los levantes de la aurora." (C 14)

2. EL AVENTURERO ALEGRE

Que a la aventura de la noche no se vaya a por penas, sino buscando la alegría, es lo que las siguientes estrofas del poema de la Noche muestran claramente :

Aquésta me guiaba
 más cierto que la luz de mediodía
 adonde me esperaba
 quien yo bien me sabía,
 en parte donde nadie parecía.

¡ Oh noche que guiaste !,
 ¡ oh noche amable más que el alborada,
 ¡ oh noche que juntaste
 Amado con amada,
 amada en el amado transformada !

En mi pecho florido,
 que entero para él solo se guardaba,
 allí quedó dormido
 y yo le regalaba,
 y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena
 cuando yo sus cabellos esparcía,
 con su mano serena
 en mi cuello hería,
 y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
 el rostro récliné sobre el Amado,
 cesó todo y dejéme,
 dejando mi cuidado
 entre las azucenas olvidado.

El contenido de estos versos, que no han sido comentados, se encuentran reutilizados en el Cántico Espiritual en donde Juan de la Cruz habla de "la noche sosegada en par de los levantes de la aurora", de "la noche serena con llama que consume y no da pena". Esta noche, dice, sigue siendo la de la contemplación, contemplación que en esta etapa abrasa y transforma el alma sin sufrimiento en la llama de un amor suave; lo mismo que describe maravillosamente el poema de *la Llama de amor viva*.

Como anunciado al principio de la Subida, hay para Juan de la Cruz tres noches y no dos, o mejor, una sola noche que se modula de tres maneras según el estado del alma que la atraviesa. "Esta dichosa noche, aunque oscurece el espíritu, no lo hace sino para darle luz para todas las cosas, y, aunque la humilla y pone miserable, no es sino para ensalzarle y levantarlo, y, aunque le empobrece y vacía

de toda posesión y afección natural, no es sino para que divinamente se pueda extender a gozar y gustar de todas las cosas de arriba y de abajo, siendo con libertad de espíritu general en todo."(N II,9)

Al fin y al cabo, la única noche, así como la única llama, es Dios (M I,2) : noche oscura, purificadora, llama ardiente, consumidora a lo largo del camino, mas qué luminosa, libertadora y gozosa también. Es por ello que Juan de la Cruz no teme llamarla "dichosa", pues el bien que trae no tiene común medida con el sufrimiento que causa ni con el mal que quita. Nos equivocáramos pues en creer que, para él, la noche es feliz sólo al final del camino. La declara tal desde el principio, en cuanto el alma empieza a salir de sí misma, de la casa sosegada de sus deseos y de sus tormentos. Y aun si la prueba parece a veces encerrar al alma en la desesperación, el conjunto del recorrido se hace con una alegría profunda cuya importancia y múltiples resurgencias señala.

El gozo, dice, es "la primera de las pasiones del alma" (M III,17) la que gobierna a las otras, "la fuerza mayor" diría Clement Rosset²⁶. De ahí la importancia de no enfocarlo a objetos, divertimientos que no tienen verdadero interés, sino ponerlo en lo que es esencial: Dios, su ser, su gloria, su servicio. Lo que equivale, nos dice Juan de la Cruz, a alegrarse de servirle siguiendo la perfección evangélica. (M III, 14 et 17).

La vía propuesta es angosta, es el camino estrecho del evangelio que pocos toman (mt 7,14), la senda de la nada que va derecha hacia la cumbre del monte de perfección. Sin embargo, este sendero es sólo estrecho para las fantasías que nos empujan a salir de él para divagar. Si no, el campo de la perfección evangélica es ancho y está lleno de tesoros. No excluye nada de lo que es humano, de lo que forma parte de la hermosura de la vida. El Cántico Espiritual, si lo miramos desde el punto de vista del Cántico B, sitúa el principio de la aventura espiritual en el gran espacio de la naturaleza, al aire libre, en medio de todos los seres que pueblan el cosmos.

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas...

El alma, que empieza la búsqueda no aparta la vista de las criaturas sino que las escruta intensamente con una mirada atenta y un cuestionamiento apasionado.

¡ Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado !
¡ Oh prado de verduras
de flores esmaltado !
decid si por vosotros ha pasado.

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.

²⁶ *La force majeure* (Ed.de Minuit - 1983).

Lo que Juan de la Cruz comenta con estas afirmaciones : "Echa de ver el alma con gran claridad haber en ellas tanta abundancia de gracias y virtudes y hermosura de que Dios las dotó, que le parece estar todas vestidas de admirable hermosura natural, derivada y comunicada de aquella infinita hermosura sobrenatural de la figura de Dios, cuyo mirar viste de hermosura y alegría el mundo y todos los cielos."

La hermosura del mundo despierta la alegría del alma, y si las siguientes estrofas del poema muestran que esta belleza no basta, es porque le hace desear la visión de otro esplendor.

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura...

Sin embargo, cuando este esplendor se manifiesta, la hermosura del mundo y la alegría de contemplarlo resurgen en el Amado:

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

Esta alegría se manifiesta también con la misma intensidad y aún más completa, llegado el matrimonio espiritual:

Entrado se ha la esposa
en el ameno huerto deseado,

Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura.

Hermosura común, compartida, ya que la belleza de Dios y la del alma son una sóla: "y así, parezcas yo en tu hermosura, y parezca yo en tu hermosura, y mi hermosura sea tu hermosura y tu hermosura mi hermosura; y así seré tú en tu hermosura, y serás yo en mi hermosura, porque tu hermosura será la misma que mi hermosura." (CB 36,2)

En resumidas cuentas, esta fusión de los seres en un único esplendor es fuente de un gran goce y se comprende que Juan de la Cruz no haya encontrado nada mejor para describirla que la metáfora de la unión física de los amantes.

Prosigue además esta metáfora hasta el término, hasta el sosiego del amor colmado, de la noche serena en la cual la llama del deseo ya no aflige. Allí, vuelve a encontrar por última vez la belleza del mundo, "el soto y su donaire", y la alegría de contemplarlo.

"Por el soto, por cuanto cría en sí muchas plantas y animales, entiende aquí a Dios en cuanto cría y da ser a todas las criaturas, las cuales en El tienen su vida y raíz... Por el donaire de este soto, pide la gracia y sabiduría y la belleza que de Dios tiene no sólo cada una de las criaturas así terrestres como celestes, sino también la que hacen entre sí en la correspondencia sabia, ordenada, graciosa y amigable de unas a otras."(CB 39,3)

La alegría del amor que el alma siente por Dios y su magnificencia no la separa sin embargo de la alegría del mundo, pues encuentra entonces el mundo en Dios y Dios en el mundo, y eso en el acto mismo de su unión. La abundancia de esta alegría hace decir entonces a Juan de la Cruz que es grande como un mar (C 31,2).

La Llama De Amor Viva pone de nuevo en escena el poder de esta belleza holística cuando, hablando del despertar de Dios en el alma, declara que las cosas entonces "descubren las bellezas de su ser, virtud y hermosura y gracias, y la raíz de su duración y vida."(F 4,2).

Hay que acordarse de ello cuando Juan de la Cruz nos dice en otra parte que las criaturas son feas en comparación de la perfección infinita de Dios (M I, 4) y que "por toda la hermosura nunca él se perdería". Porque buscando la armonía de Dios y del mundo englobadas en una sola mirada y la alegría que de ello se deriva, se ha perdido a sí mismo.

En este estado de perdición, de donación de sí "el alma anda como de fiesta, y trae en su paladar un júbilo de Dios grande y como un cantar nuevo, siempre nuevo, envuelto en alegría y amor y en conocimiento de su alto estado."(F 2,6)

Hablando del calor y de la luz que el alma da a Dios en correspondencia a su amor, Juan de la Cruz escribe: "y porque en esta dádiva que hace el alma a Dios le da al Espíritu Santo... tiene el alma inestimable deleite y fruición, porque ve que da ella a Dios cosa suya propia que cuadra a Dios según su infinito ser." (F 3,6) Se comprende entonces por qué Dios se descubre a ella con alegría y cómo la mirada del alma que contempla a Dios es al mismo tiempo la mirada de Dios que se inclina sobre ella para hermosarla.

En fin, si la vida, con sus oscuridades, sus arideces, sus tormentos, es una noche para los seres en proceso de madurez, en marcha hacia su realización, esta noche doliente es sin embargo "dichosa" porque ofrece también embriaguez, éxtasis y plenitudes; es un recorrido - con estados tan diversos, con sus altibajos - hacia una alegría profunda. El alma que ha atravesado esta noche, "tiene por gran dicha y ventura haber pasado por ella a la dicha perfección de amor." (N prefacio)

Todo bien considerado, y se debe considerar todo, la vida es bella, extraordinariamente bella, y esta belleza basta para hacerla buena, deseable, amable. Como escribía Etty Hillesum : "La vida es bella y está llena de sentido en su absurdidad; basta con dejar en ella un sitio para cada cosa y vivirla toda en su profunda unidad... De alguna manera, así la vida forma un todo perfecto.²⁷ Sólo se

²⁷ *Une vie bouleversée, journal* (Seuil - 1985).

necesita ver, como Etty lo ha visto y como Juan de la Cruz nos lo dice, que "la beatitud sólo se paga con amor". (N II, 12)

3. EL AMANTE ARDIENTE

Que la beatitud se consiga a través del amor, Juan de la Cruz lo dice de nuevo de otro modo, evocando la naturaleza y los efectos del amor en la metáfora del fuego. Esta imagen aparece desde el principio de la Noche Oscura donde el alma, "en amores inflamada", se deja guiar por la luz que arde en su corazón. Pero este fuego se revela ser el de una contemplación purificadora: "Este divino fuego de amor de contemplación, antes de que una y transforme el alma en sí, primero la purga de todos sus accidentes contrarios, hácela salir afuera sus fealdades y pónela negra y oscura... esta divina purgación anda removiendo todos los malos y viciosos humores." (N II, 10)

A decir verdad, lo positivo del proceso no se percibe de entrada, si no es en alguna excepción: "Aunque esta inflamación de amor no siempre la siente el alma, sino algunas veces, cuando deja de embestir la contemplación tan fuertemente, porque entonces tiene lugar el alma de ver y aun de gozar la labor que se va haciendo, porque se la descubren; porque parece que alzan la mano de las brasas y sacan al hierro de la hornaza, (...) y entonces hay lugar para que el alma eche de ver en sí el bien que no veía cuando andaba la obra." (N II, 10)

En *la Llama de amor viva*, Juan de la Cruz toma de nuevo este análisis del sentimiento del alma y precisa: "Dios le pone el corazón sobre las brasas, para que en él se estriquee y desenvuelva todo género de demonio... Y las flaquezas y miserias que antes el alma tenía asentadas y encubiertas en sí, las cuales antes no veía ni sentía, ya con la luz y calor del fuego divino las ve y las siente; así como la humedad que había en el madero no se conocía hasta que dio en él el fuego y le hizo sudar, humear y respendar."

De hecho, la purgación no es solamente interior. Está también orquestada por los acontecimientos de la vida externa. "El alma está probada y purgada en el fuego de tribulaciones y trabajos." (F 1,3) Sin embargo, lo esencial para ella pasa adentro, y "al modo que se va purgando y purificando por medio de este fuego de amor, se va más inflamando en amor." (N II, 10)

Al fin de la purificación, este fuego se convierte en "la llama que consume y no da pena" que el Cántico espiritual describe como particularmente beatificante: "la cual llama se entiende aquí por el amor de Dios ya perfecto en el alma... esta llama es ya amor suave, porque en la transformación del alma en ella hay conformidad y satisfacción de ambas partes..." (C 38, 5) Así, siendo el alma transformada en llama suave, Dios la mueve y todos sus movimientos y acciones son divinos.

Este estado del amor no es sin embargo el último y Juan de la Cruz, en su poema de la Llama, nos muestra al alma perdiendo su serenidad por nuevos ardores y nueva llamarada:

O llama de amor viva

"Esta llama de amor, dice, es el espíritu de su Esposo... al cual siente ya el alma en sí, no sólo como fuego que la tiene consumida y transformada en suave amor, sino como fuego que además de eso, arde en ella y echa llama... De donde el alma que está en estado de transformación de amor, podemos decir que su ordinario hábito es como el madero que siempre esta embestido en fuego (...) Es cosa maravillosa que como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, como la llama está echando siempre llamaradas acá y allá... ejercitando jocunda y festivamente las artes y juegos del amor." (F 1,1-2) En este estado, el fuego del

amor se vuelve un juego de amor, un juego animado, apasionado, que juegan los amantes siempre en movimiento.

En la Noche Oscura, Juan de la Cruz hablaba ya de la "pasión de amor" y en el Cántico espiritual de su impaciencia ardiente. En la Llama, se nos muestra abrasada : "En este encendido grado se ha de entender que habla el alma aquí, ya transformada y calificada interiormente en fuego de amor, que no sólo está unida en este fuego, sino que hace ya viva llama en ella." (L prol.) "Los actos de esta llama son la llama que nace del fuego el amor... todos los actos de ella son divinos, pues es hecha y movida por Dios ; de donde al alma le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amor con sabor y temple divino, la está dando vida eterna." (L 2,2) "Por cuanto el alma... está bien purgada, la sustancia divina que, como dice el Sabio (Sap.7,24), toca en todas partes por su limpieza, profunda y sutil y subidamente con su divina llama la absorbe en sí, y en aquel absorbimiento de el alma en la sabiduría, el Espíritu Santo ejercita los vibramientos gloriosos de su llama." (L 1,3)

Para precisar el modo de acción de este fuego divino, Juan de la Cruz utiliza en su poema otras dos metáforas : la del cauterio y la de la lámpara. "O cauterio suave, o regalada llaga", escribe en su segunda estrofa, comparando la llama del Espíritu a un cauterio ardiente. Este cauterio causa una quemadura, una llaga de amor que identifica con el cauterio (por metonimia), sugiriendo que el Espíritu y el alma fusionan en una sola quemadura: "Y, por cuanto este divino fuego, en este caso, tiene transformada el alma en sí, no solamente siente cauterio, mas toda ella está hecha un cauterio de vehemente fuego." (L 2,1) Entonces, el alma "siente convalecer y crecer tanto el ardor, y en ese ardor afinarse tanto el amor, que parecen en ella mares de fuego amoroso... Llenándolo todo el amor; en lo cual parece al alma que todo el universo es un mar de amor en que ella está engolfada." (L 2,2)

Juan de la Cruz refiere lo así descrito a Teresa de Ávila quien, en la narración de su vida, relata de modo bastante erótico la experiencia del cauterio que la quemó durante un éxtasis: "Veía un ángel que tenía en la mano un largo dardo de oro a la extremidad del cual había, creo, un poco de fuego. Me parecía que lo clavaba a veces en mi corazón y lo hundía hasta las entrañas. Retirándolo, parecía que este hierro se las llevaba y me dejaba toda entera abrasada con un inmenso amor de Dios."

En el comentario a la tercera estrofa de la Llama : "O lámparas de fuego...", Juan de la Cruz describe así a los atributos de Dios en los cuales su ser perfecto, único y sencillo, se refleja infinitamente. "Estas lámparas alumbran, arden, son sabiduría, bondad, misericordia, justicia, fuerza, amor... y otros atributos y virtudes que no conocemos... cada uno de estos atributos es una lámpara que luce en el alma y da calor de amor... y así en todas las lámparas particularmente el alma ama inflamada de cada una, y de todas ellas juntamente, porque todos estos atributos son un ser." (L 3,1)

Esta lámpara única, precisa Juan de la Cruz, es "la lámpara del ser de Dios" que aparece al alma ora como una lámpara de sabiduría, ora como una lámpara de bondad, ora como una lámpara de potencia etc. "Y la luz que juntamente de todos ellos recibe la comunica en calor de amor de Dios con que ama a Dios, porque es todas estas cosas." (L 3,1) Así, las cavernas del alma, sus facultades, son incendiadas hasta que, transformadas ellas mismas en lámparas, den "al Amado la misma luz y calor de amor que reciben." (L 3,6)

Tomando de nuevo la palabra que Moisés dijo después de sus experiencias de la zarza ardiente y del Horeb : "Nuestro Dios es fuego consumidor" (Dt 4,24), Juan de la Cruz comenta : "Es a saber fuego de amor... Y, como El sea infinito fuego de amor, cuando El quiere tocar al alma algo apretadamente, es el ardor del alma en tan sumo grado de amor, que le parece a ella que está ardiendo sobre todos los ardores del mundo... Y es cosa admirable y digna de contar que, con ser este fuego de Dios tan vehemente consumidor que con mayor facilidad consumiría mil mundos que el fuego de acá una raspa de lino, no consuma y acabe el alma en que arde de esta manera, ni menos la dé pesadumbre alguna, sino que antes a la medida de la fuerza de el amor la endiose y deleite, abrasando y ardiendo en él suavemente... Y así, la dichosa alma que por grande ventura a este cauterio llega, todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere hace, y se prospera." (L 2,1)

"Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina unión... Parece que, pues con tanta fuerza está transformada en Dios y tan altamente dél poseida... que no la divide sino una leve tela... que por esto dice con gran deseo a la llama - que es el Espíritu Santo - que rompa ya la vida mortal por aquel dulce encuentro." (L 1)

Por qué "rompa" ? pregunta Juan de la Cruz. Es, dice, porque "en el alma dispuesta, por momentos entra el acto de amor, porque la centella a cada toque prende en la enjuta yesca." (L 1,6). Las sequedades y aridez de la noche preparan pues el terreno al fuego del amor que por otra parte las produce. Y al fin de esta desecación viene el incendio que nada puede parar, que consume, transforma el alma, y arde en los amantes a los que une en una sola llama.

De hecho, Juan de la Cruz no es el único en relatar la experiencia de Dios como la de una hoguera ardiente. Otros místicos lo han hecho antes que él: Eckhart y Tauler, por ejemplo, utilizan la metáfora del fuego que comunica su ser al madero y transformándolo en llama, o Hildegarda de Bingen que empieza la relación de sus visiones así : "En el año 1141, una luz de fuego de un resplandor extraordinario, que venía del cielo abierto, atravesó todo mi cerebro e inflamó todo mi corazón."²⁸ Más cerca de nosotros y más moderada, Ety Hillesum escribe en medio de los tormentos de la persecución nazi : "Voy a ayudarte mi Dios a no apagarte en mí", y le pide que haga surgir "el más pequeño de sus actos de un gran fogón central de disponibilidad y de amor."²⁹

"Lo que Dios pretende, es hacer de nosotros dioses por participación, siendolo él por naturaleza, como el fuego convierte todas cosas en fuego", nos dice Juan de la Cruz³⁰. El mismo se ha vuelto amante ardiente cuyas llamas siguen hoy alumbrándonos y calentándonos para que a nuestra vez nos abrasemos y nos volvamos dioses.

²⁸ Luego, relata tres visiones donde Dios le apareció bajo la forma de una masa ardiente (Cf *Scivias*, trad. P.Monat (Cerf - 1996).

²⁹ *Une vie bouleversée. Journal* (Seuil - 1985).

³⁰ *Dichos de luz y amor*.

POEMAS MAYORES

LA NOCHE OSCURA

El poema de la Noche Oscura fue compuesto por Juan de la Cruz en el convento del Calvario, sin duda poco después de su evasión nocturna del calabozo de Toledo, a finales de 1578. Cuenta la fuga de una mujer que, a la llamada del amor, deja su morada para ir a encontrarse con su querido y unirse con él. Esta huida tiene lugar en plena noche, y una vez realizada la unión de los amantes llega, con la luz del alba, la paz del deseo colmado.

De hecho, Juan de la Cruz utiliza en su poema metáforas discretamente eróticas para evocar una unión mística menos fugitiva que la de los cuerpos. Su comentario - en la Subida del Monte Carmelo y la Noche oscura - interpreta el poema como un itinerario espiritual del alma en busca de su Dios. Visto desde este punto de vista, puede hacerse otra lectura :

Las cuatro primeras estrofas cantan la fuga del alma que sale de su casa ya sosegada de deseos y tormentos. Sale de noche, en la ausencia de toda vana claridad, guiada por la sola luz que arde en su corazón.

El principio del poema señala el camino del desamiento activo y pasivo, pero visto por alguien que ya lo ha recorrido y ha dejado la oscuridad por la luz, recordando solo lo positivo de la aventura.

Las cuatro últimas estrofas cantan la unión con Dios, la transformación efectuada y la paz obtenida, gracias a la noche.

Juan de la Cruz ha comentado dos veces el poema de la Noche : en *la Subida del Monte Carmelo* y en *la Noche Oscura*. En *la Subida*, considera la vía espiritual desde el punto de vista activo: el de las iniciativas que el espíritu debe tomar ; en *la Noche*, desde el punto de vista de una purificación de la que no escoge ni los tiempos, ni los modos. Ello implica de hecho dos etapas: la de la noche de los sentidos y la de la noche del espíritu. La primera atañe a la conciencia en sus facultades periféricas, la segunda en su profundidad más secreta. Pero existe entre ellas un denominador común: la acción íntima de Dios que trabaja el alma por medio de una contemplación oscura y ardiente.

En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡ oh dichosa ventura !,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada ;

a escuras y segura
por la secreta escala, disfrazada,
¡ oh dichosa ventura !,
a escuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada ;

en la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía
ni yo miraba cosa,

sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquésta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡ Oh noche que guiaste !,
¡ oh noche amable más que la alborada !
¡ oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada !

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
el rostro récliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

EL CÁNTICO ESPIRITUAL

Mientras cooperaba en la Reforma del Carmelo con Teresa de Ávila, Juan de la Cruz fue detenido y recluido en Toledo, en 1578, por los carmelitas no reformados. Encarcelado durante ocho meses en condiciones muy penosas, vivió en su calabozo grandes sufrimientos y grandes alegrías. Concibió entonces las treinta primeras estrofas de su Cántico. Como no tenía nada para escribirlas, las memorizó a medida que las componía. Las diez últimas fueron redactadas en Baeza y en Granada durante los años siguientes a su evasión.

Fue en 1584, mientras era prior en Granada, cuando compuso un comentario a este poema, a petición de Ana de Jesús. A la muerte de Teresa de Ávila, Ana de Jesús, expulsada de España y destituida, como Juan de la Cruz, por Nicolás Doria, General de los carmelitas entonces, introdujo el Cántico en Francia donde fue publicado por la primera vez, en francés. Fue en París, en 1622. Se reeditó un poco más tarde, en 1627, en español, en Bruselas, por una compañera de Ana de Jesús.

Los carmelitas españoles entonces en cargo, entre los cuales ciertos maltratarán a Juan de la Cruz hasta su muerte en 1591, no se resolvieron a publicar su obra sino en 1618, pero sin el Cántico espiritual, demasiado místico y capaz de dar lugar a la censura. Este no fue publicado hasta en 1630.

Todo ello no es sino un episodio menor de lo que han llamado "el exilio español", exilio de toda una España heterodoxa, mística, abierta a numerosas corrientes, dictado por una España ortodoxa, intolerante, la misma que puso en pie la Inquisición.

Existen dos versiones conocidas del Cántico Espiritual : el Cántico A que tiene 39 estrofas, y el Cántico B, más tardío, reelaborado por Juan de la Cruz con fines pedagógicos, con una estrofa más. La polémica entre comentadores españoles y franceses alrededor de la autenticidad de la segunda versión, levó que las traducciones francesas, durante algún tiempo, se basaran sólo el Cántico A. Las ediciones españolas han considerado éste como un esbozo y han puesto en primer plano el Cántico B. Hoy, todos los especialistas admiten las dos versiones como auténticas.

VERSIÓN A

CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

ESPOSA

1

¿ Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido ?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido ;
salí tras ti clamando, y eras ido.

2

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas, al otero

si por ventura vierdes
 aquel que yo más quiero
 decidle que adolezco, peno y muero.

3

Buscando mis amores
 iré por esos montes y riberas
 ni cogeré las flores,
 ni temeré las fieras,
 y pasaré los fuertes y fronteras.

PREGUNTA A LAS CRIATURAS

4

¡ Oh bosques y espesuras
 plantadas por la mano del Amado !
 ¡ Oh prado de verduras
 de flores esmaltado !
 decid si por vosotros ha pasado.

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

5

Mil gracias derramando
 pasó por estos sotos con presura,
 y, yéndolos mirando,
 con sola su figura
 vestidos los dejó de hermosura.

ESPOSA

6

¡ Ay !, ¿ quién podrá sanarme ?
 Acaba de entregarte ya de vero ;
 no quieras enviarme
 de hoy más ya mensajero,
 que no saben decirme lo que quiero.

7

Y todos cuantos vagan
 de ti me van mil gracias refiriendo,
 y todos más me llagan,
 y déjame muriendo
 un no sé qué que quedan balbuciendo.

8

Mas, ¿ como perseveras,
 ¡ oh vida !, no viviendo donde vives,
 y haciendo porque mueras
 las flechas que recibes
 de lo que del Amado en ti concibes ?

9

¿ Por qué, pues has llagado
 aqeste corazón, no le sanaste ?
 Y, pues me le has robado,
 ¿ por qué así le dejaste,
 y no tomas el robo que robaste ?

10

Apaga mis enojos,
 pues que ninguno basta a deshacellos,
 y véante mis ojos,
 pues eres lumbre dellos,
 y sólo para ti quiero tenellos.

(11 B)

Descubre tu presencia,
 y máteme tu vista y hermosura ;
 mira que la dolencia
 de amor, que no se cura
 sino con la presencia y la figura.

11

¡ Oh cristalina fuente,
 si en esos tus semblantes plateados
 formases de repente
 los ojos deseados
 que tengo en mis entrañas dibujados !

12

Apártalos, Amado,
 que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
 que el ciervo vulnerado
 por el otero asoma
 al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

13

Mi Amado, las montañas,
 los valles solitarios nemorosos,
 las ínsulas extrañas,
 los ríos sonorosos,
 el silbo de los aires amorosos,

14

la noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

15

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en purpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

16

A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino
al toque de centella,
al adobado vino ;
emisiones de bálsamo divino.

17

En la interior bodega
de mi Amado bebí,y , cuando salía,
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.

18

Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa ;
allí le prometí de ser su esposa.

19

Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio ;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

20

Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que, andando enamorada,
me hice perdidiza y fui ganada.

21

De flores y esmeraldas,
 en las frescas mañanas escogidas,
 haremos las guirnaldas
 en tu amor florecidas,
 y en un cabello mío entretejidas.

22

En sólo aquel cabello
 que en mi cuello volar consideraste,
 mirástele en mi cuello
 y en él preso quedaste,
 y en uno de mis ojos te llagaste.

23

Cuando tú me mirabas,
 tu gracia en mí tus ojos imprimían ;
 por eso me adamabas,
 y en eso merecían
 los míos adorar lo que en ti vían.

24

No quieras despreciarme,
 que, si color moreno en mí hallaste,
 ya bien puedes mirarme
 después que me miraste,
 que gracia y hermosura en mí dejaste.

25

Cazadnos las raposas,
 que está ya florecida nuestra viña,
 en tanto que de rosas
 hacemos una piña,
 y no parezca nadie en la montiña.

26

Detente, cierzo muerto ;
 ven, austro, que recuerdas los amores,
 aspira por mi huerto
 y corran sus olores,
 y pacerá el Amado entre las flores.

ESPOSO

27

Entrado se ha la esposa
 en el ameno huerto deseado,
 y a su sabor reposa,
 el cuello reclinado

sobre los dulces brazos del Amado.

28

Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada ;
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

29

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores :

30

por las amenas liras
y canto de sirenas, os conjuro
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro,
porque la esposa duerma más seguro.

ESPOSA

31

¡ Oh ninfas de Judea !,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales.

32

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo ;
mas mira las compañías
de la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO

33

La blanca palomica
al arco con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

34

En soledad vivía,

y en soledad ha puesto ya su nido,
 y en soledad la guía
 a solas su querido,
 también en soledad de amor herido.

ESPOSA

35

Gocémonos, Amado,
 y vámonos a ver en tu hermosura
 al monte y al collado,
 do mana el agua pura ;
 entremos más adentro en la espesura.

36

Y luego, a las subidas
 cavernas de la piedra nos iremos,
 que están bien escondidas,
 y allí nos entraremos,
 y el mosto de granadas gustaremos.

37

Allí me mostrarías
 aquello que mi alma pretendía,
 y luego me darías
 allí tú, ¡ vida mia !,
 aquello que me diste el otro día :

38

el aspirar del aire,
 el canto de la dulce filomena,
 el soto y su donaire
 en la noche serena,
 con llama que consume y no da pena

39

Que nadie lo miraba ;
 Aminadab tampoco parecía,
 y el cerco sosegaba,
 y la caballería
 a vista de las aguas descendía.

VERSIÓN B

La segunda versión del Cántico espiritual recupera lo esencial de la primera, pero extiende su amplitud a toda la vida espiritual y reorganiza su estructura.

CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

ESPOSA

1

¿ Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido ?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido ;
salí tras ti clamando, y eras ido.

2

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas, al otero
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero
decidle que adolezco, peno y muero.

3

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

PREGUNTA A LAS CRIATURAS

4

¡ Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado !
¡ Oh prado de verduras
de flores esmaltado !
decid si por vosotros ha pasado.

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

5

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.

ESPOSA

6

¡ Ay !, ¿ quién podrá sanarme ?

Acaba de entregarte ya de vero ;
 no quieras enviarme
 de hoy más ya mensajero,
 que no saben decirme lo que quiero.

7

Y todos cuantos vagan
 de ti me van mil gracias refiriendo,
 y todos más me llagan,
 y déjame muriendo
 un no sé qué que quedan balbuciendo.

8

Mas, ¿ como perseveras,
 ¡ oh vida !, no viviendo donde vives,
 y haciendo porque mueras
 las flechas que recibes
 de lo que del Amado en ti concibes ?

9

¿ Por qué, pues has llagado
 aqúeste corazón, no le sanaste ?
 Y, pues me le has robado,
 ¿ por qué así le dejaste,
 y no tomas el robo que robaste ?

10

Apaga mis enojos,
 pues que ninguno basta a deshacellos,
 y véante mis ojos,
 pues eres lumbre dellos,
 y sólo para ti quiero tenellos.

11

Descubre tu presencia,
 y máteme tu vista y hermosura ;
 mira que la dolencia
 de amor, que no se cura
 sino con la presencia y la figura.

12

¡ Oh cristalina fuente,
 si en esos tus semblantes plateados
 formases de repente
 los ojos deseados
 que tengo en mis entrañas dibujados !

13

Apártalos, Amado,
que voy de vuelo.

EL ESPOSO

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

14

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos,

15

la noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

16

Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montiña.

17

Detente, cierzo muerto ;
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto
y corran sus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

18

¡ Oh ninfas de Judea !,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales.

19

Escóndete, Carillo,

y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo ;
mas mira las compañías
de la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO

20

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores :

21

por las amenas liras
y canto de sirenas, os conjuro
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro,
porque la esposa duerma más seguro.

22

Entrado se ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

23

Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada ;
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

ESPOSA

24

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

25

A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino
al toque de centella,
al adobado vino ;
emisiones de bálsamo divino.

26

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y , cuando salía,
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.

27

Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa ;
allí le prometí de ser su esposa.

28

Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio ;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

29

Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que, andando enamorada,
me hice perdidiza y fui ganada.

30

De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas
en tu amor florecidas,
y en un cabello mío entretejidas.

31

En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

32

Cuando tú me mirabas,
tu gracia en mí tus ojos imprimían ;
por eso me adamabas,
y en eso merecían

los míos adorar lo que en ti vían.

33

No quieras despreciarme,
que, si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.

ESPOSO

34

La blanca palomica
al arco con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

35

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

ESPOSA

36

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado,
do mana el agua pura ;
entremos más adentro en la espesura.

37

Y luego, a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.

38

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí tú, ¡ vida mía !,
aquello que me diste el otro día :

39

el aspirar del aire,

el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena

40

Que nadie lo miraba ;
Aminadab tampoco parecía,
y el cerco sosegaba,
y la caballería
a vista de las aguas descendía.

LA LLAMA DE AMOR VIVA

El poema y el comentario de la Llama de amor viva fueron compuestos por Juan de la Cruz en el convento de los Mártires de Granada, en 1584 (o 1585), mientras era vicario provincial de Andalucía. Fueron escritos en quince días, a petición de Ana de Peñalosa, una de sus hijas espirituales preferidas. Hubo un poco más tarde una segunda redacción, ligeramente aumentada, pero los dos textos se sitúan después de *la Subida del Monte Carmelo*, de *la Noche oscura* y de la primera versión del *Cántico espiritual*.

Según el mismo Juan de la Cruz, las cuatro estrofas de su poema se inspiran, respecto a su estructura, en un poema de Garcilaso : *la soledad siguiendo...* En cuanto al comentario, toma pronto el paso de una confidencia libre, sin cuidado de divisiones ni miedo de digresiones. Juan de la Cruz, sin la menor duda, tenía a su destinataria presente en la mente cuando lo escribió.

La Llama es su última gran obra y expresa la cumbre de su experiencia. Descubrimos en ella un aspecto poco conocido de su personalidad: el del polemista que fustiga a todos los pseudo-guías espirituales. Contra ellos, que a veces tutea agriamente, reafirma fuertemente la prioridad de la gracia y de la contemplación divina ante la acción, la obra y la meditación humana. Mas, que se trate de exposición mística o de pedagogía espiritual, la Llama ha sido escrita fogosamente, con la pasión y la llama del amor, como Juan de la Cruz mismo lo da a entender en su prólogo.

CANCIONES QUE HACE EL ALMA EN LA ÍNTIMA UNIÓN DE DIOS

¡ Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro ! ;
pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres ;
rompe la tela de este dulce encuentro.

¡ Oh cauterio suave !
¡ Oh regalada llaga !
¡ Oh mano blanda ! ¡ Oh toque delicado !,
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga ;
matando, muerte en vida la has trocado.

¡ Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con estraños primores
calor y luz dan junto a su querido !

! Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno

donde secretamente solo moras,
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno
cuán delicadamente me enamoras !

PEQUEÑA BIOGRAFIA

Juan de Yépès, que nombre de pila de Juan de la Cruz, nació en 1542 en Fontiveros, una pequeña ciudad de Castilla la Vieja. Su padre, Gonzalo de Yépès, de origen noble, habiéndose casado con una plebeya, se vió rechazado por su familia. La pareja vivió entonces pobremente del oficio de tejedor y tuvo tres niños; Juan era el tercero.

A la muerte de su esposo todavía joven, la madre, Catalina, se instaló en Medina del Campo para criar a sus niños. Su hijo menor se murió; su hijo mayor, Francisco, la ayudó en su oficio, y Juan, por razones de pobreza, se fué a una escuela para huérfanos. Tras varios aprendizajes interrumpidos, se encontró, adolescente, ayudante-enfermero en un hospital, pero haciendo al mismo tiempo estudios en los Jesuitas (de 1559 a 1563).

En 1563, a la edad de 21 años, entró en los carmelitas de Medina del Campo con el nombre de Juan de san Matías; luego, el noviciado terminado, empezó estudios filosóficos y teológicos en la Universidad de Salamanca con objeto de ordenarse sacerdote.

A 25 años, en 1567, fué ordenado pero, poco satisfecho de la vida que llevaba en el convento de los carmelitas, planeó entrar en la Cartuja. No lo hizo sin embargo, siguiendo el consejo de Teresa de Avila que le persuadió de que participara en la reforma del Carmelo que ella había emprendido. En 1568, a la edad de 26 años, inauguró la reforma del ramo masculino en Duruelo, tomando el nombre de Juan de la Cruz.

Desde 1568 asumió tanto en Duruelo como en las nuevas fundaciones de Mancera y Pastrana, el cargo de maestro de novicios; luego fue, en 1571, rector del colegio de Alcalá, el primero que formó a carmelitas descalzos.

Nombrado en 1572, confesor y vicario de las carmelitas de la Encarnación de Ávila que Teresa tenía que reformar, desempeñó esta función hasta 1577, cuando en una noche de diciembre, fue raptado y secuestrado por los frailes no reformados y llevado al convento de Toledo. Encarcelado en condiciones muy duras, pudo sin embargo componer allí una parte importante de sus principales poemas. Una noche de 1578, después de nueve meses de encarcelamiento, consiguió evadirse y tomar refugio en el convento de las carmelitas reformadas.

Después de un año pasado en Jaén, en el convento andaluz del Calvario donde había sido nombrado prior, fundó, en 1579, el colegio de Baeza del cual fué el primer rector. Paralelamente, emprendió comentar sus poemas y continuó asistiendo a las carmelitas de santa Teresa y ayudándola en sus fundaciones.

En 1582, después de la muerte de Teresa, fundó en Granada, con Ana de Jesús, un convento de monjas reformadas, y fue prior del convento de los frailes, hasta que en 1585, fue elegido segundo Definidor y luego Vicario de la provincia de Andalucía. Participó entonces a varias fundaciones: Córdoba, Jaén y Murcia.

Hecho de nuevo, en 1587, prior de Granada, asistió, en 1588, al primer capítulo de su Orden donde fue elegido primer Definidor y al mismo tiempo prior de Segovia.

En 1591, habiéndose opuesto a una decisión del capítulo y del General Nicolás Doria sobre la orientación que tomaba la Orden, fue relegado al desierto de la Peñuela, y luego, enfermo, al convento de Úbeda. El prior la emprendió contra él. Se planteó incluso la cuestión de echarlo de la Orden. Allí se murió una noche de

diciembre de 1591, a la edad de 49 años, después de haber pedido que le leyeran algunos pasajes del Cantar de los cantares. Sus escritos empezaron a ser publicados en 1618 en Alcalá. Fue canonizado en 1726, nombrado doctor de la Iglesia en 1926, y patrón de los poetas en 1952.